
SERIE
CUATRO BODAS PARA NAVIDAD
2
Un Laird para Navidad
MILE BLUETT



Cuatro Bodas para Navidad

Libro 2

Mile Bluett

Título: Un laird para Navidad

Cuatro Bodas para Navidad 2

Autora: Mile Bluett.

©Mile Bluett, Noviembre, 2025.

Diseño de Portada: Pamela Díaz

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, la divulgación y de esta por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor. Es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es solo coincidencia.



Contenido

Cuatro Bodas para Navidad

Mile Bluett

Contenido

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Epílogo

De la Serie Cuatro Bodas para Navidad

Nota de la Autora

Mis libros de Romance Histórico

Mile Bluett

Ella jamás aceptaría un matrimonio sin amor.

Prefacio

Torrinbrae Castle, Escocia, 1 de diciembre de 1816

Ella jamás aceptaría un matrimonio sin amor. Sin embargo, en aquel momento de su vida debía renunciar sus aspiraciones y pensar en su familia.

Lady Clary Whitmore, segunda de cuatro hermanas, era solterona por elección. A sus veinticinco años había asistido a varias temporadas, recibido halagos y tenido algún que otro pretendiente, pero ninguno despertó en ella el anhelo de casarse.

Aun así, había recibido dos propuestas de matrimonio de Arthur Carraway, ambas declinadas sin vacilar, para disgusto de su padre. El conde de Highfield, Alistair Whitmore, aseguraba que estaba dejando escapar un matrimonio conveniente. Pero Clary no concebía su vida al lado de ese hombre.

No era reacia a la idea del casamiento; simplemente deseaba hallar a alguien con quien compartir la vida, con quien valiera la pena envejecer. Y Arthur no lo era.

Aunque seguía esperando que en su camino se cruzara aquel hombre que encendiera su corazón, sin prisas, y pese a que a sus espaldas se murmuraba que ya había quedado para vestir santos, su apacible vida en Sussex dio un giro inesperado.

Alistair les puso un ultimátum a todas sus hijas: si no encontraban un esposo antes de Navidad, se vería obligado a vender la posesión más valiosa que tenía para saldar sus deudas.

—Tendrás que casarte con Arthur Carraway. —Había sentenciado su padre antes de enviarla con su tía tras el pretendiente al que la joven había rechazado.

—¿He de conformarme con él? Aún hay tiempo hasta Navidad para encontrar una alternativa menos… menos tibia. No hay fuego

entre nosotros, ni siquiera una chispa. —Se había atrevido a decir con desesperación.

Su padre negó más colérico que escandalizado. El tiempo era limitado, pero ella se había aferrado a la esperanza, creyendo que tenía posibilidades.

—Ya no estás en posición de escoger. Hubiese querido para ti un conde o un duque; sin embargo, un comerciante muy rico tendrá que ser suficiente. No te faltará nada, serás muy rica…

—Ni el dinero, ni los títulos me darán…

—¡No hay tiempo! Piensa que es un hombre con medios y buena familia que nos puede salvar de la ruina. Fue un disparate rechazarlo a tus veinticinco.

—Papá… —Trató de pedir otra oportunidad; pero guardó silencio al recordar la salud de su padre.

—Está dispuesto a aceptarte pese a que no tienes dote. Tal vez tú no lo ames, pero ese gesto de él significa que está loco por ti. Quizás con el tiempo llegues a quererlo. He hablado con sus padres; pasarán juntos las fiestas de invierno. Esfuérzate, Clary, para que esa chispa se prenda, porque si ahora es él quien te rechaza, no te quedará alternativa.

Aquel año sin verano había sido una época cruel. Las cosechas se perdieron, y por más que lo intentaron, no pudieron recuperarse. Al conde solo le quedaba la esperanza de que sus hijas concertaran matrimonios ventajosos con caballeros dispuestos a ayudarles a salir del pozo en el que lentamente se hundían.

Varios compradores acechaban Highfield Hall, atraídos por su enorme casa solariega, sus tierras de cultivos y los vastos bosques. Los interesados, llenos de codicia, no dudaron en sacar sus garras para intentar apoderarse de la heredad.

Conservar la propiedad contribuiría a salvar el honor del título, la seguridad de su familia y las futuras generaciones.

Clary quiso rebatirle a su padre con más fuerza, pero el caballero ya enfrentaba la vergüenza por la merma de la fortuna en

sus arcas, la viudez, una salud precaria y las cosechas perdidas. Sabía que no podía dejar toda la responsabilidad en sus hombros, él ya había intentado salvar aquellas tierras con ahínco.

Y, por otro lado, estaba la posibilidad de renunciar a Highfield Hall, el lugar donde sus hermanas y ellas habían nacido, donde crecieron hasta debutar en sociedad y donde crearon tantos recuerdos en compañía de su pequeña familia.

Pero había una razón más importante aún para aferrarse a su casa, su amada abuela. La condesa viuda de Highfield quedó muy triste al escuchar la noticia.

La dama había dedicado toda su vida a cuidar con esmero los hermosos jardines de la propiedad. Tener que renunciar al sitio que llamaba hogar sería un golpe que la anciana mujer difícilmente soportaría. A Clary le rompería el corazón.

Por eso, aquella mañana, se encontraba en un carruaje a punto de apearse a las puertas de un castillo en el valle de Strathearn, en la frontera de las Highlands. La construcción conservaba el carácter indómito de las Tierras Altas, aunque el comercio del sur ya tocaba a sus puertas.

Tiritaba de frío. El pequeño ladrillo que habían cambiado en cada posada ya estaba más helado que el invierno mismo. Solo quería bajar y sentarse en un mullido sillón junto al calor de una chimenea.

Capítulo 1

Cuando el cochero le ayudó a descender tuvo que ajustarse la capa, el viento gélido soplaba, parecía que amenazaba con nevar. A Clary no le extrañaba, estaban cerca de las montañas y ese año particularmente frío hubo heladas incluso en abril y mayo. Se rumoreaba que las primeras nevadas de ese invierno vendrían antes de lo esperado.

—¿Es aquí? —titubeó cubriéndose el rostro lo más posible con el gorro de lana forrado en piel —. No sabía que sería tan… tan…

El cochero asintió y ella no se atrevió a terminar la frase. Maldecía para sus adentros por la idea de su padre de mandarla a estas tierras remotas con el propósito de encontrar un esposo.

Sus ojos recorrieron el paisaje hasta donde su vista alcanzó. A lo lejos podía divisar un bosque de pinos en las laderas, campos de cultivo en el valle que corrieron peor suerte que los de Highfield Hall y pastores arreando ovejas para resguardarlas de la fuerte nevada que estaba a punto de caer.

Había viajado con sus tíos Jane y Angus, lady y lord Stewart, y sus dos hijos hasta Comrie, el pueblo cercano, donde los esperaba la familia de aquel para las vacaciones de invierno.

Le correspondió recorrer sola una legua más, el último tramo hasta el castillo. Las inclemencias del tiempo ya se sentían y no iba a obligar a sus tíos a retrasar su descanso y reencuentro familiar. Seguro estarían tan agotados como ella del extenuante y largo viaje desde Sussex hasta Perthshire.

Tuvo la mala suerte de que los Stewart viajaran en la misma dirección, de lo contrario, tal vez se habría salvado de que su padre la mandara tan lejos para cumplir con sus designios.

Lo último que Clary pensó que haría ese diciembre era trasladarse hasta el borde de las Tierras Altas, detrás del más pertinaz de sus pretendientes. ¿Con qué cara miraría a Arthur a los ojos para suplicarle convertirla en su esposa, cuando ella nunca aceptó sus avances?

Sentía que, para salvar el honor del título, debía pisotear su propio orgullo. Pero lo haría por su abuela, sus hermanas, la memoria de su madre y la salud de su padre, a quien no quería perder.

Si Alastair recurría a sus hijas como única salvación, estaba segura de que ya habría agotado todas las demás posibilidades.

Siempre fue un padre amoroso, pero su mayor temor era morir antes de dejarlas protegidas. Para el conde un marido significaba protección.

Arthur era el primogénito de un importante productor de lana de Leeds. Toda su familia estaba invitada a pasar dos semanas en el castillo de uno de sus mayores proveedores durante la temporada invernal. Actividades sociales que servían para afianzar alianzas comerciales.

Aunque ella, como estaba en ese instante, congelada hasta los huesos, no encontraba atractivo en viajar a aquel sitio en la época más helada del año.

Su obstinado pretendiente llevaba años tratando de convencerla de casarse con él. Justo desde que Clary debutó en sociedad.

El hombre aseguraba que la rubia de cabello platinado y expresivos ojos azules lo había hechizado. Sin embargo, ella lo había rechazado con elegancia, tratando cada una de las veces de no dañarle el orgullo tanto como ya le había roto el corazón.

No obstante, en medio de esa desventura familiar, ya no tenía una vía de escape. Su padre entabló conexión con los Carraway y pactó el encuentro en Escocia, para que los «tórtolos» terminaran de

concretar el compromiso. Se reuniría con ellos en la casa de su anfitrión.

Supo por su propia tía, quien no tardó en tomarse con ahínco el papel de casamentera, que Arthur dijo «sí». Y que, en efecto, estaba más emocionado que un niño ante su dulce favorito.

Clary pensó oponerse con todas sus fuerzas, pero contrario a su reacción habitual ante las imposiciones de su padre, se dejó vencer.

Tal vez el amor no estaba destinado para ella o, quizás, era muy exigente como le había reclamado su progenitor.

¿El hombre con el que soñaba no existía? ¿Anhelaba un imposible más propio de los cuentos de hadas que de la realidad?

Según la opinión popular, Arthur tenía los elementos para encandilar a una dama casadera: porte, labia exquisita y, sobre todo, el bolsillo bien abultado que podría salvar al conde de Highfield de la ruina.

Y ahí estaba siendo invitada indirectamente y rogando porque el arrepentimiento que ya le calaba los huesos, no hiciera de aquel viaje la peor decisión de su vida.

Su aventura para reconquistar al pretendiente rechazado estaba a punto de iniciar…

Exhaló con pesar, como quien despierta tras una perturbadora pesadilla.

A diferencia de lo que Clary estaba acostumbrada, en vez de un mayordomo, fue recibida por el ama de llaves. Una mujer de mediana edad, con delantal blanco y cofia a juego, y con una confiada sonrisa bonachona.

—Bienvenida… —Se le quedó mirando sin reconocerla, esperaba a los Carraway.

—Lady Clary Whitmore —agregó extendiendo su tarjeta de presentación, la que la buena mujer miró y no se sintió en la necesidad de tomar.

—Lady Clary, bienvenida a Torrinbrae Castle. Ya nos habían puesto al corriente de su inminente llegada. Sin embargo, pensé que arribaría con los Carraway. —Sonrió haciéndole sentir bien recibida —. Soy la señora Ferguson, ama de llaves.

Una doncella, Brianna, apareció para ayudarle con su larga capa y con su retículo, y un lacayo se ofreció a llevar su equipaje hasta sus habitaciones.

Era agradable el castillo, los espacios estaban bien caldeados, como si la mayoría de las chimeneas de la primera planta estuvieran funcionando. Divisó en varios rincones unos hornillos encendidos, que hacían la estancia más agradable.

Se animó también a dejar su abrigo en manos de la joven sirvienta.

—Excelente lana, como la de las ovejas que se crían aquí en Torrinbrae —dijo Brianna.

—Brianna, acompaña a la dama a sus habitaciones. Milady, enseguida le llevaremos un buen plato caliente de *Scotch broth* con unos *bannocks* para que se recupere del viaje.

Clary no tenía idea de a qué se refería, ni hambre tampoco, así que solo asintió e indagó por lo que en verdad le interesaba.

En cuanto estuviese con los Carraway se sentiría menos perdida. Necesitaba ver un rostro familiar, aunque fuese el de Arthur.

—Me encantaría saludar a la señora Carraway antes de subir a mis habitaciones. —Jane había hecho los arreglos por carta para dejarla en manos de su futura suegra.

Clary estaba aterrada, ni siquiera su tía se esforzaba en cuidarla como se esperaría de una carabina. Tanto Jane como Alistair ya la veían convertida en la esposa de Arthur.

—Oh, querida… —El ama de llaves hizo ese gesto de ternura, que las señoras suelen hacer cuando ven a un niño asustado—. Los Carraway no han arribado, me temo que usted ha llegado primero.

La rubia inspiró con fuerza ante un evento imprevisible, pero que debió considerar.

—¿Qué otras familias están invitadas? —preguntó convencida de que, quizás, las primas de Arthur, las señoritas Mabel e Isolda Carraway, quienes le simpatizaban y jamás se perdían una fiesta o una reunión a la que iba el mencionado pretendiente, estarían en la lista de asistentes.

—Las sobrinas de los Carraway —dijo la mujer con amabilidad y Clary suspiró, para casi sonreír después. Sin embargo, su intento de alegría se congeló cuando la señora le reveló a continuación—: Pero también están retrasadas. Parece ser que las inclemencias del clima han afectado a todos, a todos excepto a usted. Ha tenido mucha suerte.

—¿Algún invitado más?

La mujer negó y la miró con curiosidad.

—Son todos, la verdad es que los Carraway vienen a custodiar a sus sobrinas con el propósito de que una de ellas logre conquistar a mi señor. Es una época difícil hasta para encontrar marido, y más con las arcas abundantes, tantas cosechas arruinadas y animales sin posibilidad de pastar. Por suerte, usted no tiene ese problema, ¿es la prometida de Arthur Carraway? —La miró con picardía.

Clary se enrojeció, ¿de dónde había salido semejante disparate? En su mente, aún se resistía, no se veía como la futura esposa de Arthur.

—No, aún no. Tal vez estoy en una posición similar a la de las señoritas Carraway… Y he venido con la intención de atrapar a Arth… —Carraspeó tras su aterradora sinceridad.

¿Por qué depositaba su confianza en esa mujer que no mantenía la boca cerrada? ¿Sería porque la miraba con ternura y le recordaba la figura materna que no tenía y añoraba? ¿O, porque le

hacía acordarse del calor de los lazos con su abuela querida, a quien tuvo que dejar atrás?

El ama de llaves no se parecía en nada a su madre o su abuela. Pero Clary estaba tan agobiada y sola, que sentirse arropada hizo que su lengua se desatara.

—Si lo que desea es atrapar a un marido, entonces debería poner los ojos en mi *laird* —la instó jocosa como si fuera una nana que le hubiese servido por años, tras hacerle un guiño—. Con todo respeto, el señor Carraway tiene buena presencia, pero mi *laird* es mejor partido.

—¿Perdón? —Casi se atora con el aire que respiraba ante tal insinuación.

—Solo que el señor MacKinlay está más centrado en conseguir alimento para sus ovejas, que en posar sus ojos en una damisela —continuó como si no la hubiese escuchado—. Usted parece encantadora, seguro le agradará y mi intuición jamás me ha fallado. ¿Por qué preferiría a un estirado inglés ante un *laird* que podría calentarla en los inviernos más crudos?

La tos salió explosiva de la garganta de la rubia. «¿Ama de llaves y casamentera?», pensó.

A Arthur no lo amaba, pero podría tolerarlo. En cambio, su aliado comercial, al que había visto varias veces en compañía de su pretendiente era… No, definitivamente era un no rotundo. Ese hombre de aura solitaria y oscura.

—Soy otra estirada inglesa, tal vez a Arthur y a mí nos corresponde estar juntos —conjeturó como quien pensaba en voz alta. Mientras trataba de reconciliar su rechazo a Arthur Carraway con la resolución pendiente de un hilo de desposarlo.

Lejos de disculparse, el ama de llaves soltó unas cantarinas carcajadas al descubrir que, sin intención, intercediendo por el señor del castillo, también había criticado a la recién llegada.

—Usted no parece estirada, tiene una mirada muy dulce. Ninguna de las señoritas Carraway ha logrado atrapar a mi *laird*.

Pedí a Dios sin éxito que le otorgara a una de ellas la dicha de ser elegida. Estuvieron aquí dos semanas durante julio y él no las miró de esa forma. Ha aceptado la propuesta de los Carraway solo por educación. Quizás usted sea la indicada. ¿O es que ama al joven señor Carraway?

Clary la miró poco convencida ante tan descabellada sugerencia y esgrimió para salir del paso.

—Creo que aceptaré en mis habitaciones el plato caliente e impronunciable de… y los… —Diría lo que fuera para no tener que responderle.

—El *scotch broth* con unos *bannocks* —aclaró al darse cuenta de que estaba en un aprieto—. Es un caldo muy sabroso y unos panes que recién horneamos sobre la piedra caliente—. ¿Nadie más la acompaña? ¿Una doncella tal vez?

—Mi doncella… —¿Cómo decir que, en la situación actual de su familia, no todas las hijas podían tener la propia y ella decidió prescindir de una? Hacía tiempo que había aprendido a ocuparse de sí misma. No necesitaba demasiado, su belleza discreta era suficiente adorno.

—No se preocupe, Brianna puede ayudarle.

La joven que seguía con ellas asintió con gusto y la acompañó para mostrarle donde dormiría.

Capítulo 2

El lobo solitario del valle de Strathearn, Donnchadh MacKinlay —más conocido como Donn MacKinlay— se sentó en un sillón orejero de cuero, junto a la chimenea del salón que tenía reservado para su uso personal. Quería calentarse tras horas enfrentando el viento helado que soplaba en el exterior.

Las ovejas estaban a resguardo y con comida. Podía haber confiado la tarea a sus hombres, pero prefirió guiarlos. No permitiría que las agrestes condiciones de su hogar le arrebataran otro animal. Era de aquellos a quienes el trabajo les resultaba un placer; el ocio, en cambio, le incomodaba.

Estiró sus manos en dirección al fuego tras quitarse los guantes. Buscó los informes traídos aquella mañana por su administrador, Boyd. Los revisó por segunda vez y maldijo tan fuerte que las paredes casi retumbaron.

Donn con la ira recorriendo sus venas era peligroso.

El cansancio y el hambre tampoco ayudaban, solo quería engullir su cena y dejarse caer sobre un colchón hasta dormirse. Reflexionaría acerca de la decisión que llevaba tiempo deseando tomar al día siguiente.

Cuando escuchó a un sirviente entrar y depositar su cena en la mesa de roble a su espalda, suspiró de gozo.

Aquella estancia era su refugio. Con frecuencia dormía en el diván amplio y sólido del fondo, un mueble hecho para resistir generaciones. El tapizado de tweed grueso en tonos marrones y las mantas de lana que lo cubrían ofrecían el mismo consuelo que el sitio que lo había visto nacer.

No necesitaba perder tiempo subiendo a sus habitaciones; en ese santuario privado podía revisarlo todo: las cuentas en la mesa

donde también cenaba, la limpieza meticulosa de sus armas de caza y las decisiones que marcarían el porvenir de su nombre y sus tierras.

«Sus invitados» aún no llegaban. Lamentaba que el clima los hubiese retenido, aunque agradecía tener más tiempo para sus asuntos antes de que los Carraway invadieran el castillo.

Eran personas con las que llevaba años teniendo relaciones comerciales. Y aquella invitación, sugerida por la señora Carraway para endosarle a una de sus sobrinas, se había fijado hacía tres meses.

No detestaba recibir a un número pequeño de personas, siempre que se amoldaran a su estilo de vida. Simplemente, amaba su soledad.

Las convenciones sociales no lo esclavizaban; pero, en ocasiones, trataba de comportarse de manera civilizada. Sobre todo, cuando era esencial para sus negocios.

Se levantó y al volverse en dirección a la suculenta comida que la cocinera había preparado, descubrió una jofaina y una palangana para que se aseara.

Ladeó la cabeza, confundido. El criado aguardaba con un paño de lino blanco sobre el brazo para que se secara al terminar, una camisa limpia y una levita más apropiada que la que llevaba puesta.

—¿Mi comida? —inquirió suponiendo que llegaría tras asearse.

—La señora Ferguson mandó la jofaina con agua caliente y una pastilla de jabón para que se adecente. La cena se servirá en el comedor —aclaró Douglas.

Se tomaba los cambios con ciertas reservas.

—Pero solo lo uso cuando hay invitados —rugió contrariado.

Había sido una jornada extenuante y moría de hambre. Su estómago gruñía en protesta.

—Una de sus invitadas espera…

Donn hizo un gesto de sorpresa, se pasó la mano por la melena oscura, aún desordenada tras ser batida por el viento.

—Los Carraway están retenidos en una posada muy lejos de aquí. Su carruaje quedó arruinado tras deslizarse por una fina capa de hielo sobre el camino. No podrán reanudar el viaje hasta dentro de un par de semanas. —Se creía dueño de la verdad. La seguridad con que pronunció cada frase casi hizo vacilar al sirviente de su cometido—. Me lo notificó Boyd.

—Una dama lo espera en el comedor —explicó—. La señora Ferguson consideró que debía adecentarse. Es la prometida del joven señor Carraway.

—¡¿La prome… qué?! No sabía que esperábamos a alguien además de los Carraway y sus sobrinas.

—La carta la recibió Boyd. Él informó al servicio para que acondicionásemos lo necesario para una invitada más. ¿No lo puso al tanto, mi *laird*? —Se refería al hábil administrador de MacKinlay, quien se ocupaba de las gestiones que fastidiaban a Donn.

Gruñó hastiado, como un oso al que arrancaban de su guarida en pleno invierno. Tal vez Boyd trató de advertirlo. Días atrás, el administrador intentó ponerlo al corriente de los pormenores de la visita de los Carraway y él, sin tiempo para banalidades, le había dicho que hiciera los arreglos con la señora Ferguson.

Inspiró fuerte, tratando de ajustar sus modales a lo que la situación exigía. No iba a permitir que se le acusara de un comportamiento poco caballeroso. Después de todo, disfrutar de alguna compañía no tenía por qué ser tan desagradable.

—Entonces no la hagamos esperar. —Sintió curiosidad por saber con quién se casaría Arthur.

Se quitó la levita y comenzó a desabotonar la camisa con expresión circunspecta, mientras inhalaba hondo para ver si el tufo a

oveja mojada no era perceptible. Se aseó a conciencia, sin dejar de rumiar por renunciar a su descanso.

Lo que le faltaba: socializar. Justo cuando se creía a salvo de tener que desplegar sus escasas dotes de anfitrión.

Capítulo 3

Clary hubiese preferido no cenar esa noche. Todavía el olor de la pesada sopa que le sirvieron al mediodía, le revolvía el estómago. No tenía un aroma desagradable, pero tras el largo viaje había llegado con fatiga y náuseas, que lejos de ser calmadas se acrecentaron al ver la comida. Razón por la que no pudo siquiera probarla.

No sabía qué la tenía más nerviosa: suponer que ya nada la salvaría de casarse con Arthur Carraway antes de Navidad o cenar con aquella familia con la que no había sido formalmente presentada.

¿Qué sabía del anfitrión, Donn MacKinlay? Lo había visto en los eventos de los padres de su futuro esposo, siempre hermético, aislado, como si cumplir con esos compromisos fueran más una necesidad para sus negocios que una satisfacción.

Jamás lo vio bailar o cortejar a una dama. Parecía que su única motivación era no morir de aburrimiento antes de que terminara la recepción, para poder escabullirse a donde sea que perteneciera.

Ya sabía dónde vivía, y sí, Torrinbrae Castle encajaba a la perfección con su dueño.

Estaba al corriente de que era soltero gracias a la indiscreción del ama de llaves. Le resultaba hilarante e irónico que la señora Ferguson intentase arreglar un matrimonio para su señor con la futura prometida de su invitado.

Esperaba que la familia de MacKinlay fuese más cálida y receptiva que aquel.

Sin embargo, cuando por fin el escocés apareció sin nadie más y la invitó a tomar un lugar en la mesa supo que estaban solos.

Un estremecimiento la recorrió. Su tía Jane fue demasiado confiada al dejarla al cuidado de la señora Carraway sin constatar si la mujer había llegado al castillo.

Pero su tía, era la más despreocupada de las hermanas de su padre, así que no le extrañaba su proceder. Tembló ante las terribles consecuencias para su honor de descubrirse que, salvo los criados, eran los únicos allí.

Alejó esos pensamientos, con el inclemente viento soplando afuera y la escarcha cubriendo los senderos, no podría enviar ni a un mensajero para alertar a su tía de la desafortunada situación. La presencia de la señora Ferguson y el resto de los sirvientes, así como su recato y su correcto comportamiento tendrían que bastar.

Sin ser espoleada por una carabina u otros testigos, se permitió detallar al indómito *highlander* que siempre le había parecido un misterio.

Hacía tiempo había concluido que el *laird* de Torrinbrae no buscaba atención, pero dominaba cada estancia en la que se encontraba con su sola presencia.

Algo en su aura, tal vez. Aprovechó esa oportunidad obsequiada por las inclemencias del tiempo para apreciar sus rasgos hasta donde la luz de las velas le permitió.

Poseía una excelente nariz romana digna de una escultura, a juego con ojos marrones profundos, que podrían confundirse con la noche más negra.

Su cabello rebelde era del tono exacto de sus iris. Llevaba una barba incipiente que, seguramente, olvidó afeitar esa mañana, y que sombreaba las líneas firmes de su rostro.

Su cuerpo comunicaba sin palabras que se había forjado tras arduas jornadas de trabajo. Su postura trasmitía que estaba acostumbrado al mando y a tomar decisiones certeras, aunque las circunstancias fueran difíciles.

Clary notó algo más que su perfil esculpido en mármol, el hombre parecía más sorprendido que ella.

—*Och*, *nae.* ¿Usted? —Se atrevió por fin a increpar el varón. En ningún momento disimuló su asombro. No obstante, fue caballeroso, tanto como podía serlo un rudo habitante de las Tierras Altas, educado en un entorno tan agreste.

—¿Esperaba a alguien más? —Ella era demasiado franca como para ocultar lo que su frío recibimiento le hizo pensar.

—Tal vez. —Negó y sus ojos oscuros se posaron en la cabellera rubia peinada en un recogido, del que escapaban hebras doradas que refulgían por el titilar de las flamas.

—¿A quién entonces?

—Me dijeron que cenaría con la prometida de Arthur Carraway, simplemente esperé a cualquier otra señorita, excepto a usted. No sabía que se habían comprometido. Siento que mi reacción no haya sido la apropiada. —Y cortando de tajo con el tema que cada vez alarmaba más a Clary, y la intrigaba, dio la orden a sus criados de que sirvieran los alimentos—: Comamos.

Mientras Douglas y otros dos sirvientes, se apresuraron a servir, Clary advirtió que el anterior desempeñaba el papel de lacayo y mayordomo en el comedor.

—No deseaba llegar de este modo y causar molestias, más si su mayordomo está indispuesto. —Supuso que, tal vez, el sirviente de más jerarquía estaría enfermo o ausente resolviendo algún asunto importante, y por eso el primer lacayo reemplazaba su lugar.

—No hay mayordomo. No lo necesito. Douglas y la señora Ferguson manejan el castillo sin necesidad de títulos pomposos.

Aunque la propiedad era imponente, con estancias cubiertas de alfombras de pieles, muebles de roble, tenía un encanto señorial y fascinante que se respiraba a cada paso. Sin embargo, percibió que no estaba regido por las mismas normas de etiqueta que solía encontrar en otras propiedades de similar tamaño e importancia.

Sus pensamientos se interrumpieron de golpe por Douglas que le ofrecía la misma sopa humeante de la mañana. Clary tuvo que dejar de lado sus modales y rechazarla, no podría tomar una

gota, le recordaba el malestar con el que arribó al castillo. Aguardaría por el segundo platillo a ver si le despertaba el apetito.

Mientras sus expectativas se cumplían, se preocupó por reanudar la conversación, aunque su interlocutor estaba más interesado en arrasar con lo que había en su cuenco.

—¿Por qué esperaba a cualquier otra señorita excepto a mí, señor? —escrutó con una ceja arqueada.

Seguro era por su edad, también la creía una solterona que no tenía derecho a casarse, una mala elección para Arthur. ¿Tendría en MacKinlay a un hábil saboteador, que le insistiría a su pretendiente para que desistiera de su ofrecimiento?

Él la contempló sardónico y negó sin dejar de llevarse a la boca la cuchara cargada de caldo espeso y trozos suculentos de carne, como si fuese más imperioso engullir su cena que contestar.

Esperó indignada a que MacKinlay volviera a la carga dos veces más con su cuchara. Tras tragar, y limpiarse la boca con una servilleta, el escocés se dignó a contestar.

—Nada más.

Ella apretó tanto los dedos que se clavó las uñas en las palmas. ¡Cómo se atrevía a hacerla aguardar una respuesta con gran expectación para dar ese simple: «nada más»!

Era evidente que callaba algo que no resultaría agradable de escuchar. Quizás Arthur le había confiado que fue rechazado por Clary, y no tendría una opinión muy favorable acerca del giro de los acontecimientos.

—Me sorprende que estén prometidos, eso es todo —siseó mordaz y le clavó su oscura y escrutiñadora mirada.

—¿Le sorprende? —repitió percatándose de algo más. En sus tierras, MacKinlay usaba la lengua con más ironía que en los salones de Leeds o Londres. O, tal vez, era que no había tenido muchas ocasiones para hablar con él más allá de lo esperado en situaciones formales—. Me gustaría saber la razón.

—¿Incurro en alguna falta reprobable por sorprenderme? —esquivó el acto de contestar para que ella no siguiese escarbando.

Era astuto y sabía cómo desviar la atención de lo que la dama perseguía.

Así como él tuvo la osadía de irse por las ramas y no responder lo que Clary deseaba saber, ella calló lo que en verdad pensaba de su descortesía.

Tras una sonrisa fingida de falsa conformidad, tomó una copa para dar un sorbo al agua, mientras su interlocutor se alimentaba como si no lo hubiese hecho en años.

Cuando el escocés acabó con el contenido de su plato, los lacayos sirvieron un estofado de ternera con guarnición de patatas. La cara de MacKinlay reflejó placer al probar el primer bocado, se veía que disfrutaba los guisos de su cocinera.

A pesar de que Clary estaba acostumbrada a otro tipo de servicio en el comedor, no desairó la invitación. El aroma era tentador y la carne se veía apetitosa, así que llevó una porción pequeña a su boca.

Repitió el acto tres veces, pero su tristeza y la carga emocional de casarse sin amor cerraron su garganta, y tuvo que dejar a un lado el tenedor.

Clary fantaseó con el supuesto de que, hasta ese escocés del fin del mundo se daba cuenta de que su situación era humillante. Después de rechazar a Arthur había dado marcha atrás, amenazada por la ruina familiar. Solo deseaba que los Carraway volvieran, que el primogénito se declarase de nuevo e irse de Escocia de una vez.

—¿No va a comer? Apenas prueba bocado. No he visto a nadie rechazar un reconfortante *scotch broth.* —Tal observación, exasperó a Clary. Mientras él solo hizo silencio para devorar su estofado.

—No lo rechacé, ya me habían ofrecido ese caldo escocés en la mañana. Es solo que… —Intentó explicar que no era el alimento, era ella que estaba indispuesta…

—Supongo que una dama inglesa con la mesa bien provista no está acostumbrada a cenar caldo y menos a repetirlo. —No fue una recriminación, solo una observación. Para él, ella se perdía un manjar.

—¿Puedo seguir comiendo, señor? Algunos lo hacemos con moderación.

Él se alzó de hombros, dejándola continuar.

Aquellos modales de MacKinlay debían ser reprendidos, pero no sería ella quien le daría una lección. Al fin y al cabo, se marcharía en unos días, con Arthur del brazo… Y entonces sí comenzaría su calvario.

Sin importar la discusión que sostenían, Clary sufría porque las condiciones del clima solo retrasarían lo inevitable, ella saldría de Torrinbrae Castle como la esposa de un hombre al que no amaba.

Una lágrima silenciosa rodó por una de sus mejillas, ni siquiera intentó limpiarla. Estaba más ocupada en calmar la tormenta que se desataba en su pecho… Una tempestad de mil nudos ascendió por su garganta y estalló en sollozos apenas perceptibles.

Trató de acallar el dolor, sentía que no podía hablar, que no encontraba su voz… ¿Cómo le hacían las otras mujeres para aceptar matrimonios arreglados? ¿Dónde hallaban la resignación?

Quiso hablar para pedir disculpas. Necesitaba encontrar una excusa para retirarse. No era apropiado permanecer en ese estado en presencia del señor MacKinlay y los lacayos. No mientras su realidad la desbordaba y su desazón amenazaba en explotar como un llanto potente e incontrolable.

Inspiró hondo, debía calmarse. ¿Por qué todas sus alarmas le decían que obedecer a su padre y casarse con Arthur parecía ser lo correcto, pero no lo era?

Cuando miró al frente y buscó al escocés, ya no estaba en su silla. Ni siquiera notó el ruido que debió producir para llegar hasta ella.

Donn MacKinlay, cual largo era, estaba ante Clary con una mano extendida y una expresión que no le conocía: ¿compasión?

Un mechón negro cruzaba su frente, uno que peinó con la misma mano que le ofrecía, para después extenderla otra vez en su dirección.

Una mirada severa e imponente del varón hacia el servicio bastó para que todos desaparecieran. Entonces, la rudeza abandonó sus ojos, y volvió a mirarla con nobleza, una que podía rastrearse en su árbol genealógico de escoceses curtidos en la batalla y regidos por el honor.

—¿Le he molestado? —preguntó Donn—. Discúlpeme. No estoy acostumbrado a tratar con…

—¿Mujeres?

—Quería decir damas… —Volvió a ofrecerle la mano.

Clary se limpió las lágrimas, echó los hombros atrás y alzó la cabeza, aunque eso significara toparse con la mirada oscura de él. Podría estar en una encrucijada, pero no olvidaría su ya granjeada dignidad.

—¿Por qué razón cualquier señorita, excepto yo, sería apropiada para Arthur Carraway?

—No tiene por qué sentirse incómoda —dijo, retirando la mano. Su rostro, sin embargo, continuó mostrando generosidad—: Si lo que la angustia es tener que soportar mi poco educada compañía, en cuanto los Carraway aparezcan, aclararé la razón por la que no deben permanecer en el castillo. Partirán antes de lo planeado.

La intriga se reflejó, todavía más, en los grandes ojos invernales de Clary.

Capítulo 4

Donn se incorporó y le tendió el brazo a la dama para ayudarla a salir. Ninguno de los dos quería permanecer en el comedor. Sin embargo, vaciló; y tras una breve inclinación, pidió permiso para retirarse.

Sabía que dejar sola a una dama era descortés, pero creyó que era lo mejor. Según él, era evidente que la causa de su disgusto era su presencia.

Antes de abandonar la estancia, dedicó una última mirada a lady Clary Whitmore. Ella ni siquiera lo siguió con la vista mientras se perdía, sus ojos estaban en su plato, pero su mente divagaba a kilómetros de allí.

Esa noche, a Donn tuvo que bastarle un *whisky*. Cómodo en el diván de su salón privado, fijó su mirada en el crepitar del fuego.

Lo desconcertó que aquella dama fuese la prometida de Arthur Carraway; no obstante, no podía explicar la razón en voz alta sin parecer maleducado.

Tal vez era un tosco montañés, uno que vio su clan ser redimido por guerras y lealtades, un *laird* que solo continuaba siéndolo para sus más fieles sirvientes. Aun así, no repetiría esas palabras frente a la mujer, mereciera escucharlas o no.

A la mañana siguiente, Douglas intentó despertarlo sin éxito. MacKinlay protestó, pero finalmente se puso de pie de un salto, sin reprender a quien lo arrebató de los brazos de Morfeo.

El criado trató de adecentar la estancia, negando con la cabeza. Por el nivel del *whisky* en la botella, Douglas dedujo que su señor bebió hasta más tarde de lo habitual.

El *laird* solía despertar antes del alba, y ya había pasado más de treinta minutos de su hora habitual. Se arrebujó con la manta de lana, gruñó por su retraso y subió a sus aposentos a prepararse.

Como desayuno solo tomaba unas gachas y un té con leche en su habitación, antes de dirigirse a los establos en busca de su corcel. Le urgía comprobar qué estragos había causado la nevada de la noche anterior.

Cuando salió, descubrió que los Carraway tampoco podrían llegar ese día: nieve sobre el pasto, caminos intransitables.

Supervisó a sus hombres tres horas en el trabajo, y después abandonó su labor para reunirse con el administrador en su estudio. Le había dado una misión muy clara y quería constatar que la cumplió al pie de la letra.

A veces se sentía un *laird* tan extinto como el lobo de las Highlands: quizás quedaba algún ejemplar solitario, como decían las leyendas de la zona.

Tras sacudir la nieve de sus botas en el pórtico, entró a la casa por la puerta del servicio. Colgó su capa y su abrigo, y vio al ama de llaves conversando animadamente con la cocinera.

Las mujeres corrieron a ocuparse de sus funciones, nada más verlo aparecer.

—Mi *laird*, ¿quiere un té para calentarse? —ofreció la cocinera, de unos veinte años, mientras ponía la tetera con agua en los fogones.

Él agradeció con un gesto y declinó la oferta.

—*Aye*, *lass*, prepárale el té a nuestro señor y algún tentempié antes de la cena —sugirió la señora Ferguson a la joven mujer—. Seguro trae un hambre que le haría devorar una res entera. Mejor apresurémonos para llevar el servicio al comedor.

La señora Ferguson no era solo el ama de llaves. Había tenido muchos puestos en Torrinbrae Castle: niñera de Donn y su hermana menor, doncella de la madre de ambos cuando ya no la necesitaron, y finalmente, la posición que ostentaba.

—Comeré en mi salón —aclaró Donn, sin mirarlas.

La cara de la señora Ferguson mostró asombro. Su ceja enarcada y su gesto inquisitivo demostraban que no había olvidado las regañinas que le dio al testarudo Donn de niño.

—*Och, nae*, mi *laird* —negó mortificada—. ¿No recuerda que esa dama es nuestra invitada? Fue bastante penoso verla desayunar sola. No corresponde que Douglas y yo inventemos otra excusa para justificar su ausencia en el comedor.

Donn gruñó cuando escuchó la voz cantarina de la señora Ferguson, justo cómo lo hacía cuando era un muchacho que renegaba una y otra vez de los regaños de la mujer.

—No es mi invitada, lo es de los Carraway. No es mi culpa que no estén aquí para atenderla.

—Hombre testarudo, no lo eduqué para que fuese tan descortés —condenó con los brazos en jarras. La cocinera a sus espaldas continuó terminando sus guisos, renuente a hacer contacto visual con su *laird*. Solo la señora Ferguson se atrevía a recriminarle en ese tono. Y él, únicamente a aquella se lo permitía—. Seguirá nevando, ¿pretende matarla de aburrimiento en lo que arriban los Carraway? Si usted no aviva su chispa va a provocar que su linaje se extinga por falta de…

La relación que tenían no era la típica entre sirviente y señor: eran familia y a la vez cómplices.

—¿De qué demonios habla, mujer intrigante? —protestó sin poder comprender a lo que se refería.

El ama de llaves porfió tras oírlo maldecir en su presencia, justo como cuando era un mozalbete deslenguado.

—¿Olvida que lo cuidé desde niño? —Seguía con los brazos en jarra y el entrecejo fruncido—. Sé cuándo alguien lo incomoda o le agrada. Al menos, haga que esa dama se vaya de Torrinbrae Castle con una buena opinión de nuestra hospitalidad.

Donn miró a su invitada disfrutar con mejor apetito el suculento *scotch broth* que los lacayos servían guiados por Douglas. Tras saludarse ninguno dijo nada más. Había cierta incomodidad que ambos estiraban, que molestaba y no sabían cómo aliviar.

Él carraspeó y ella lo miró a la espera de que se dignara a decir algo, aunque fuese solo por educación. Pero al sonido solo le siguió el silencio.

Entonces, ella carraspeó y él la observó casi suplicando que comentara lo que fuera, para que el momento no fuese tan insoportable. Pero Clary tampoco se dignó a romper la irritante prudencia.

—¿Hoy tiene mejor apetito? —Trató de entablar una conversación.

—La señora Ferguson me dijo que este caldo arreglaría todos mis males, que era muy reconfortante. No sé por qué no lo probé antes, es, es…

Él sonrió con los ojos, aunque sus labios no se curvaron. Su corazón latió diferente al verla disfrutar entre bocado y bocado.

—Le pido disculpas si ayer no fui amable. Llevo tiempo viviendo solo desde que mi hermana menor se fue con su esposo y mi madre volvió a casarse.

—¿Volvió a casarse? —repitió interesada—. Pensé que estaba tan solo como un lobo que perdió su manada.

—Tengo tres sobrinos, y los hijastros de mi madre son ocho, de todas las edades y muy revoltosos. Se casó con un viudo. Mi familia me visita bastante seguido. Las fiestas decembrinas son interminables. No ha podido venir por los caminos.

Ella abrió la boca para decir algo, había sacado conclusiones apresuradas y él lo notó.

—No lo parecía. Incluso jamás lo vi acompañado en Londres o en Leeds.

—Acudía por negocios. Mi familia odia alejarse de Escocia.

Parecía que habían tenido una segunda oportunidad para dialogar tras el fiasco de la noche anterior. Él comenzó a sentirse más cómodo en su presencia. Aún pensaba en cómo la entretendría mientras los Carraway llegaban.

Sin embargo, ella no podía olvidar la reacción de él al descubrir que era la prometida de Arthur.

—¿Por qué no soy apropiada para Arthur Carraway? —desafió decidida, mostrándole a Donn que jamás abandonaba una pelea, menos una donde su dignidad estuviera en juego.

Él resopló molesto por la pregunta, pensando que ya habían avanzado.

Los criados dieron un paso atrás y se replegaron hacia la pared, dispuestos a no interferir.

Otro gruñido del *laird*.

—¿No puede dejarlo pasar, milady? Simplemente fue un comentario inapropiado.

—¿Cree que lo dejaré pasar cuando usted se refirió con tanta ligereza a mi idoneidad?

—La razón no le gustará y no me hará repetirla. —Sus ojos casi negros se encendieron al sentirse aguijoneado por esa mujer como por la más filosa espada—. Sería poco caballeroso de mi parte. Además, si lo revelo perderá la ilusión de casarse con Arthur Carraway.

Los lacayos se miraban los unos a los otros convencidos de que aquellos dos volvían a la carga otra vez.

—¿Y quién le dijo que me hace ilusión desposarlo? —soltó sin poder contenerse, con la furia tiñendo de rosado sus mejillas.

Se miraron inusitadamente, ella arrepintiéndose de estallar y él intrigado por escucharla hasta el final.

El *laird* lanzó una mirada a Douglas para que se ocupara de vaciar el comedor de tantos espectadores, cuando los lacayos

huyeron y cerraron las puertas tras ellos, la instó:

—Siga… —Necesitaba saber todo acerca de ese compromiso. ¿Cómo se dio? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Después de usted… Hable primero y hágalo con valentía… Puedo oír lo que esconde con tanta ironía sin romperme —lo retó enardecida. Sus pupilas se dilataron y el azul celeste de su mirada se desvaneció, dando paso al tono justo del mar, donde era más profundo.

—No fue ironía… Fue sorpresa… Quizás fui demasiado franco e idiota… —Inspiró hondo, le importaba un demonio Arthur. No le debía lealtad. Despreció a ese imbécil y poco hombre cuando se refirió de ese modo a lady Clary. Donn jamás hablaría así de ninguna mujer. Si de él dependía de que ella conociera cuán bajo era su futuro esposo, le abriría los ojos a la valerosa dama—. Habló de su ligereza, de su coquetería banal, de su falta de honorabilidad…

—¿Qué acaba de decir? Miente. Nadie puede emitir tal juicio sobre mi persona, ni sobre ninguno de mi familia. Si lo dice porque ahora mismo estoy aquí a solas con un hombre sin carabina, déjeme aclararle que mi tía me acompañó hasta Comrie… —Hizo una pausa para inhalar antes de quedar sin aliento—. No está aquí ahora porque primero pasó a saludar a sus familiares en el pueblo, pero se habría reunido con nosotros de no ser por las inclemencias del clima. ¿Cómo íbamos a imaginar que la señora Carraway, a quien me confió hasta su arribo, no estaba esperando en el castillo?

Muy ofendida se puso de pie. Parecía dispuesta a tomar su equipaje y desafiar la terrible condición del camino con tal de marcharse.

—Por eso no quería explicar la razón de mi sorpresa al descubrir que se casarían, después de la información tan específica que él me detalló. —También se puso de pie tratando de calmarla.

—¿Específica? —Parecía que echaría fuego por los ojos de un momento a otro—. Diga todo de una vez, no suelte a cuentagotas lo que sea que tiene en mi contra.

—Yo no tengo nada en su contra. No son mis palabras. Son las de Arthur. Y no puede obligarme a repetirlo. —No quería pensar cómo se pondría si continuaba; pero, por otra parte, la curiosidad de llegar hasta el fondo de la acusación de Arthur era una daga en su cuello, exigiéndole hablar. Él jamás se habría expresado así de ella si le hubiese obsequiado sus… Se armó de valor y afirmó con determinación—: No la juzgo… Sería un hipócrita.

—Si va a poner en tela de juicio mi honra, sea atrevido, escocés. —Ella parecía dispuesta a saltar a su yugular si no hablaba.

—Me aseguró que la había hecho suya porque le rogó como una… —No pudo repetir aquel calificativo en su presencia—. Me dijo que estaba harto de su coquetería, de su persecución en cada baile, cada evento… Que usted se moría por él y que se había quedado solterona esperando una oportunidad.

Capítulo 5

Clary sintió que un puñal se le clavaba muy hondo. El dolor se volvió físico. Jamás esperó semejante traición y vileza de Arthur, el hombre que su progenitor consideraba un excelente partido.

No debía casarse con alguien que se expresó así de ella, que manchó su pureza ante otra persona. Lo despellejaría con sus propias manos en cuanto un carruaje lo arrojara a las puertas del castillo.

—¡¿Cuándo se lo dijo?! —gruñó encolerizada.

—Una de las tantas veces que coincidimos los tres en un baile en Londres.

—¡Ese canalla! Me cortejó desde mi primera temporada sin éxito. Me calumnió porque está despechado, rechacé sus dos propuestas de matrimonio. No me hizo suya, soy…

—Le creo —concedió sosteniéndole la mirada. Caminó a su encuentro y le tomó una mano tratando de aplacar el fuego que la devoraba.

—Gracias —balbuceó y liberó sus dedos del agarre del hombre, perdiéndose en la fuerza de sus ojos.

Clary vio a MacKinlay apretar sus puños con rabia con la mandíbula tensa. Una vena se marcó en la sien del escocés. Parecía que el hombre despotricaría de un momento a otro, pero prefirió exhalar con furia contenida, mientras asentía. Como si tuviese su propia conclusión.

—Lamento disgustarla. Pero es bueno que hayamos aclarado este malentendido ocasionado por la poca hombría de ese infeliz. Debe saber que no aprobé sus palabras, me enfermaron. Jamás me expresaría así de una mujer, menos si ha dormido en mi cama o no fue correspondida por mí.

—También le creo —admitió al ver sinceridad en su expresión. Descubrió en aquel rudo escocés la nobleza de un caballero.

—Siéntese, por favor, milady. Llamaré al servicio para que continúe sirviendo la comida…

—He perdido el apetito.

—Yo también. ¿Cómo le hago olvidar el mal rato? Si estaremos atrapados en el castillo hasta que vengan los Carraway deseo hacer amena su estancia.

—En cuanto Arthur Carraway tenga el descaro de aparecer lo despellejaré vivo…

—Será un placer ayudarle… —Le extendió la mano—. ¿Qué le parece si le muestro el interior del castillo? Créame, hay mucho que descubrir más allá de su habitación o los espacios que ha conocido… A los ingleses que nos visitan les encanta recorrerlo.

—¿Recibe bastantes invitados?

—En vida de mi padre siempre estaba lleno. Yo no he tenido tanto tiempo para socializar adecuadamente, menos para organizar ese tipo de actividades.

—Acepto su oferta. No me gustaría marcharme sin conocer la propiedad. La verdad es que desde mi arribo no he visto demasiado. —Clary tomó la mano extendida del hombre.

Tras suspirar, intentó relajarse, al menos hasta que el clima le permitiese viajar en carruaje a Comrie.

Estaba decidida a no casarse con Arthur, un hombre capaz de tal ofensa no sería apropiado para ella, tampoco para su familia.

Le contaría todo a su tía Jane y juntas buscarían una solución.

Tras salir del comedor se dirigieron a la primera planta. Admiró la enorme escalera con peldaños y balaustrada de

entramados de madera por la que había subido y bajado en varias ocasiones.

Donn era ceremonioso y, si iba a hablar de su amado castillo, iniciaría por la entrada principal de techos abovedados y suelos de piedra.

—¿Comenzamos de nuevo? —propuso sorprendiéndola.

Clary ignoraba que él podía ser galante con una dama. Ella asintió, preguntándose qué pensaría su padre si supiera dónde se encontraba en ese momento y con quién.

—Parece que necesitamos un comienzo menos accidentado… —Le ofreció una sonrisa radiante y él se perdió unos minutos en aquel brillo, hasta que pudo reaccionar.

—Bienvenida, Clary. ¿Puedo llamarte por tu nombre de pila? Odio las formalidades y creo que, tras nuestras batallas en el comedor, podríamos dejarlas atrás. —Ante su sugerencia, ella volvió a asentir—. Puedes llamarme Donn, si te place.

—Deslúmbrame con Torrinbrae Castle… —Quiso añadir: «Para que nunca quiera irme de aquí», pero eso último no se atrevió a decirlo en voz alta.

Una emoción, un escalofrío la estremeció, mientras los cálidos ojos oscuros del escocés la recorrían.

—El orgullo de un terrateniente escocés: el salón de armas.

Donn curvó la comisura derecha de la boca. Con ceremonia, la guio y entraron por la enorme puerta.

A ella le pareció imponente, trofeos de caza, espadas, dagas y pistolas que pertenecieron a las anteriores generaciones. Contempló todo con admiración, mientras él explicaba con soltura quiénes eran los antepasados que reposaban en los robustos cuadros que descansaban en la pared.

—Debe haber sido increíble crecer aquí, rodeado de tan majestuosa historia —dijo Clary con franqueza.

El recorrido siguiente abarcó la enorme cocina, separada por un largo pasillo, y una visita por la bodega donde guardaban carnes, quesos y bebidas…

La segunda planta fue todavía más emocionante. La biblioteca no era tan amplia como la de su padre en Highfield Hall, pero había libros muy interesantes. Tenía estanterías de la misma madera oscura y robusta que había en el salón principal y el resto de las áreas, lo que le daba carácter.

La antigua sala del té de la madre de MacKinlay era un refugio digno de la lady de ese castillo. Uno donde sería una delicia pasar una tarde conversando con sus hermanas.

Intercambiaron sonrisas cuando Clary conoció el estudio de él… Cada madera lustrada, silla de cuero o libro de cuentas, hablaba de Donn MacKinlay. Práctico, ordenado, rústico, pero con un encanto que solo podía encontrarse en el sitio donde varios *lairds* de su estirpe tomaron decisiones que impactaron a su clan.

Y justo al lado, otra habitación por descubrir.

—¿Qué hay después de esta robusta puerta de roble? Parece algo importante.

—No, no lo es. Será mejor seguir a… Esto no es relevante para empaparte de la historia del castillo.

—Es imposible que una habitación con semejante puerta no guarde un misterio por resolver… —Empujó suavemente y ladeó la cabeza. Era un sitio tan masculino… El fuego crepitaba.

Daba la impresión de que allí dentro los criados se encargaban de que los leños de la chimenea nunca dejasen de arder. Maderas oscuras como en otros sitios de la casa, olor a cuero y maderas nobles…

—Parece que alguien lo usa con frecuencia.

—Sí. —Fue circunspecto.

—¿Es el refugio del señor del castillo? ¿Después de hacer cuentas con el administrador, se deja caer en este diván y contempla

la madera arder…?

Ella tomó asiento en el diván que señaló antes… Y deslizó una mano por las suaves mantas de lana que lo cubrían. Aquella estancia tenía impregnada la esencia del escocés. No era necesario que aclarara que era su guarida. Un libro de cuentas sobre la mesa, una botella de *whisky* por la mitad.

—Será bueno descansar un rato de nuestro recorrido —sugirió la rubia.

—Como desees. —Hizo un gesto dubitativo y después tomó asiento en una de las sillas de la mesa, desde donde la podía observar—. También tengo preguntas. Espero no ser irrespetuoso y menos ofenderte. ¿Por qué dijiste que no albergabas ilusión alguna de desposar a Carraway?

—Oh, eso… Ya que estamos sincerándonos, te diré la verdad. Confío en que no me juzgarás. —Suspiró con pesar recordando a los suyos—. Mi familia atraviesa por un periodo de dificultad. Las cosechas se perdieron y…

Bajó los párpados, avergonzada.

—No son los únicos que han enfrentado las consecuencias de este año tan frío de incesantes lluvias… Mis cultivos de cebada también se perdieron. Con trabajo he sostenido la crianza de ovejas… Nunca lo tuve fácil. Mi abuelo y mi padre lucharon con ahínco para salvar el patrimonio durante dos generaciones y así mantener nuestra posición. —Hizo una pausa—. Cuando llegó mi turno sabía que debía estar preparado para superarlos.

—En ese caso tuviste esa ventaja, no como nosotros, que nos confiamos de la bonanza que siempre disfrutamos… Mi padre tiene cuatro hijas sin dotes, casarlas es su única salida… —Suspiró y continuó—: Arthur me cortejó desde mi debut. Mi padre me dio un plazo de cinco años para buscar otra opción. Nunca encontré lo que deseaba para mi futuro. Así que, llegado el momento, me puso una precisa, y no me quedó más remedio que acceder. Eso, si no quiero ver a mi familia ser arrancada de sus tierras… Mi abuela no

soportaría perder nuestro hogar. La realidad es que renuncié a casarme por amor, para cumplir mi deber de salvar a mi familia.

—Es loable tu sacrificio… También eres una guerrera como yo. Sin embargo, nadie debería renunciar a casarse por amor…

Lo miró inusitada, en su pecho borboteaban emociones.

—¿Has amado a alguien, Donn?

A él lo tomó desprevenido la pregunta. Casi le robó una sonrisa tímida que en un hombretón de su talla se veía tierna.

—No sé si la palabra correcta es amar, no he podido conocer a la mujer que… de la forma que me gustaría.

La tensión entre los dos fue creciente.

—¿Entonces estás interesado en una mujer? —Trató de ser más precisa, para ver si le sacaba alguna información al atractivo escocés, aunque la respuesta la hizo zozobrar.

—Tal vez.

Se miraron largamente… El crepitar del fuego no solo calentaba la sangre que corría por las venas de ambos, sino que dotaba el momento de una intimidad que terminó encendiéndoles el corazón.

—Ven —ordenó el hombre con un tono suave pero exigente, mientras servía dos copas con *whisky* de una botella de un precioso y antiguo cristal.

Clary tragó en seco. El varón, con las piernas largas y fuertes como robles, la invitó a sentarse no cerca de él, más bien encima… La mirada masculina cargada de deseo la recorrió entera…

La rubia sintió que se estremecía. No supo qué la impulsó a obedecerlo… Era un anhelo…

Caminó lentamente hasta él sin dejar de recorrer cada palmo de su anatomía con sus ojos… Cuando estuvo frente a MacKinlay, él la tomó por la cintura, clavándole sus pupilas en las suyas.

Ella, hechizada, lo montó a horcajadas, y como una abeja seducida por un néctar apetitoso, se lanzó a conquistar esos labios llenos y entreabiertos que la invitaban a besar.

Capítulo 6

Mientras los labios irreverentes de Donn saqueaban con un apetito insaciable los dulces de la mujer, recordaba el día que la vio por primera vez años atrás… Y cuánto le había impactado…

Le pareció una rosa inglesa que dominaba los salones de baile más elegantes, una dama a la que jamás pensó acceder… Su sonrisa radiante… Su andar cadencioso… Y su anhelo por esa delicada flor, pero sin ambición de poseerla…

Solo la dejaba ser, mientras la observaba y disfrutaba de la vista, refugiado en el oscuro rincón donde elegía permanecer cuando era requerido en Londres.

Ese instante en que Clary apareció en el castillo como una ensoñación, como una fantasía que mágicamente se hizo realidad, el arrebato amenazó con enloquecerlo. El hombre se hundió bajo el peso demoledor del deseo durante cada cena, discusión o charla que compartieron.

Pero nada se asemejaba al arrebato que lo envolvió cuando la dama se mostró receptiva ante su invitación de montarlo a horcajadas.

El *whisky* esperaba en sus copas y el fuego ardía. Donn se consumía en su propia hoguera. Así que dio rienda suelta a los deseos que reprimió hasta ese momento.

Las manos de Donn necesitaban recorrer ese cuerpo femenino de cintura estrecha y caderas plenas… Precisaba volverse experto conocedor de cada línea, curva o cima, justo como dominaba cada palmo de las tierras que le pertenecían…

Cuando acarició su cuello, Clary gimió tan dulce, que el montículo entre sus piernas del escocés se hizo más prominente…

La presionó instintivamente contra su dureza y ella jadeó sobrecogida por tal emboscada… No tuvo que pedir más atención, Clary tomó la iniciativa y comenzó a cabalgarlo, mientras lo libraba con manos temblorosas de la levita y comenzaba a desabotonar el chaleco y después la camisa…

Los dedos femeninos recorrieron la piel de los pectorales duros… Y, él tuvo que abrazarla con más pasión, y empujarla con más ardor sobre su protuberancia, para satisfacer, aunque fuese un poco su necesidad…

Sin poder evitarlo, Donn se alzó con ella en brazos y caminó hasta el diván, donde la depositó con gentileza. Desabrochó su pantalón sin aviso, y su hombría quedó al descubierto ante los ojos expectantes de la mujer. Ella parecía maravillada, como si jamás hubiese contemplado nada igual.

La cubrió con su cuerpo, obsequiándola con mimos y caricias… Y en medio del arrebato que compartían, la sintió ponerse rígida y erguirse, frenar en seco, como si recobrara el sentido del recato.

—Oh, por Dios, ¿qué estamos haciendo, Donn?

Parecía que ella quería huir, pero lo miró a los ojos y le acarició un mechón negro y rebelde sobre la mejilla. Su razón le indicaba aferrarse a su pudor, pero su cuerpo no pretendía obedecerla.

Donn entendió en el acto el motivo de su recelo, aunque Clary respondía ante su toque, era evidente que jamás había llegado tan lejos con un hombre.

—Puedes irte ahora, mujer, refúgiate en tu habitación, te respetaré… En cuanto el clima mejore te llevaré con tu tía, podremos explicarle por qué ese hombre no es bueno para ti.

—Es que no quiero irme… —Un tímido titubeo.

Lo desarmó su frase llena de sinceridad, desafiando las normas a las que se ató toda su vida.

—Entonces, quédate.

—Tengo un obstáculo que no me permite avanzar. Oh, Donn. Aunque me enloqueces, también debo ser fiel a mí misma… No puedo entregarme a un hombre que no se ofrece entero… ¿Sabes una cosa? Siempre te veía en los bailes, esquivo, pero tan intrigante… Me atraías, me atraes… Sin embargo, nunca te acercaste, ni siquiera para presentarte… Yo… —Las dudas desbordaron sus ojos cristalinos—. ¿Por qué ahora? ¿Es porque estoy disponible? ¿Porque estamos solos y atrapados en este castillo?

Él comprendió que Clary necesitaba impulso… Y él podía dárselo… Pero era tan bruto, le costaba tanto abrirse…

—Eso de que no me acerqué jamás puedo rebatirlo —la enfrentó sin dejar de seducirla, de tratar de ganársela, con ternura, acariciando su sedosa piel expuesta—. Hay una razón por la que Arthur intentó desacreditarte ante mí. Él era el único nexo entre nosotros, así que le pedí que nos presentara…

—¿Oh, tú le pediste a él que…? Arthur está loco por mí, jamás te daría una ventaja.

—Te confesé que me interesé por una dama, una que creí por encima de mis posibilidades. No obstante, no me importaba si ella me rechazaba, jamás he renunciado ante una dificultad. Tenía que intentarlo. Lleno de valor, le revelé a Arthur que estaba interesado en ti, muy seriamente. Le comenté que quería conocerte y que si resultabas tan maravillosa como parecías, te convertiría en mi esposa.

—¿Y entonces él dijo esas cosas horribles, arruinando mi reputación ante tus ojos?

Donn asintió y la abrazó con más fuerza, ya no solo parecía un hombre dominado por sus apetitos, había interés genuino en Clary, honor, promesas…

Entonces fue ella quien se lanzó a sus labios varoniles y se apropió de sus besos con una fuerza abrasadora. Lo aferró por las caderas y le exigió castigarla con fieras, y a la vez, dulces, y

deliciosas acometidas. El roce ardoroso entre sus sexos era embriagador, incluso con la ropa de ella entre sus cuerpos.

Se volvieron uno solo mientras el deseo los desbordaba. Donn no quería separarse, no podía… Pero, no permitiría que la primera vez de Clary fuese olvidable…

Resuelto, la desnudó sin prisas, mientras la piel cremosa de la rubia mujer se erizaba y los ojos de él recorrían cada palmo de su anatomía casi perfecta… Senos generosos y firmes… Piernas fuertes…. Cintura estrecha… Piel suave y fresca como el agua de rosas.

Exploró cada rincón, chupó sus colinas, mordió suavemente el interior de sus muslos, y, por último, enterró su lengua tibia entre sus piernas… Dándole especial atención al nudo de nervios palpitante que la llevó a la locura.

La asedió con hambre, con lujuria indomable, hasta que ella rogó por la virilidad que seguía tan rígida y afilada como una espada, esa que llenó sus ojos cuando la observó sin gota de vergüenza, embebiéndose de su sensualidad…

—Tómame, Donn, hazme tuya, márcame para siempre… —Su voz se quebró al final de tanto deseo.

Y él curvó sus labios sintiéndose poderoso, invencible… Podía darle todo el placer que ella reclamaba como suyo.

Volvió a cubrirla con su pesado cuerpo, teniendo cuidado de no aplastarla bajo la roca de sus músculos labrados por el rudo trabajo de campo que solía realizar día con día. Con sus dedos preparó su entrada para que la invasión no fuese tan violenta…

La miró a los ojos, mientras acariciaba en círculos su húmeda abertura. De no haber sido tan duro para expresar sus sentimientos, le habría confesado que se sentía estrechamente conectado a ella desde que la vio por primera vez… Que anhelaba cada encuentro con ansias… Que tras verla de lejos se quedaba pensando en ella los siguientes días… Y que la evocaba en sueños, de vez en cuando,

pero eso le hacía despertarse de un magnífico humor. Sin embargo, hizo una promesa.

—Ya no tienes que buscar más, *lassie*. Yo puedo ser ese amor que tanto has anhelado, si me dejas entrar en tu corazón.

Ella abrió más las piernas, expectante y receptiva, como una metáfora de vida…

—Quiero… Me entrego a ti.

Para Donn fue combustible, se posicionó en la entrada y se enterró lentamente hasta la base, mientras un gruñido abandonaba su garganta… Tembló de pies a cabeza, tan pleno, era ahí donde tanto había ansiado estar.

Ella soltó un gemido ahogado cuando se sintió ocupada por completo. Se quedó muy quieta mientras se acostumbraba a la invasión.

—¿Me detengo? —Él ofreció al escucharla, pero si abandonaba ese ardiente refugio, su corazón se detendría, no lo podría soportar.

—No, por Dios, no… —rogó y se removió bajo él, en busca de su propio placer.

Entonces, él entendió que lo que la hizo gritar fue la mezcla de dolor y deseo de la primera vez, tan única, que la haría sonreír cada vez que la trajera a su memoria.

Se movieron como poseídos, ya sin control sobre sí mismos. Él nunca había disfrutado tanto dentro de una mujer, lo fascinaba. Y, por Dios, que jamás se privaría de ella, la haría su lady, su esposa, su vida.

—Más, más —lo apuró Clary, en una carrera desesperada, no sabía qué perseguía, pero, por el Creador, cómo lo quería.

—Por el infierno donde me quemo…. *Aye, aye*, voy a darte más… Te daré todo… —Se deshacía en la urgencia de derramar hasta la última gota de su simiente dentro de ella.

Jadearon como impulsados por la necesidad asfixiante.

La aferró con más fuerza y, dominado de pies a cabeza por la pasión, empujó en frenéticas acometidas, hasta que los dos se deshicieron en un arrebatador orgasmo, que los catapultó a la cima del placer.

Capítulo 7

Clary y Donn dormían desnudos, envueltos en mantas de lana del mejor color y grano, en los aposentos principales. La cama con imponente dosel de roble protegía sus sueños. Torrinbrae Castle, en medio del bendito temporal, se había convertido en su cálido refugio.

Aunque no existía papel que lo certificara, parecían marido y mujer en una apasionada luna de miel.

Perdieron la noción de qué día de diciembre transcurría.

Las pertenencias de Clary habían sido trasladadas a la habitación de Donn y estaban esparcidas por los rincones. Brianna la ayudaba como su doncella y cada día crecía la simpatía entre ambas.

La señora Ferguson sonreía ampliamente y, en ocasiones, miraba con complicidad a la cocinera, imaginando que los descendientes no tardarían en llegar. Quería ver todas las estancias llenas de niños pelinegros y niñas rubias, corriendo, haciendo travesuras.

Douglas y los demás lacayos suspiraban aliviados al saber que ahora la guerra se desataba en el nido de amor, y no durante la cena.

A nadie le importaba que Donn no la hubiese llevado al altar. Los caminos seguían intransitables. Era solo un trámite que resolverían en cuanto pudiesen viajar al pueblo cercano o trajeran al párroco…

Ella suspiró entre los brazos masculinos y él despertó algo más tarde de lo habitual. Aquel lecho caliente, con Clary a su lado, no le invitaba a levantarse.

El ruido de unos golpes insistentes en la puerta los despertó. Él gruñó remolón; ella bostezó y se desperezó.

Pero los toques sobre la madera eran tan insistentes y ruidosos que tuvieron que despertar.

Donn se cubrió con una bata y le pasó a Clary la suya, ordenándole que no abandonara la cama. No permitiría que perturbaran su descanso.

Brianna y Douglas aparecieron con los rostros pálidos, como mensajeros de malas noticias.

—¿Qué sucede? —preguntó Donn hosco.

—La señora Ferguson está recibiendo a los Carraway: los padres, el hijo y las sobrinas. Son dos carruajes y montones de baúles. Me enviaron para saber si los invitamos a pasar o los echamos sin contemplaciones.

—¡Por Dios! ¿Ha dejado de nevar? —exclamó confuso. No entendía por qué arribaron antes de lo previsto: la nieve no se había derretido. El interpelado negó—. En cuanto esté vestido acudiré a atenderlos. No bajen su equipaje. Dígales a los hombres que me esperen en el estudio; a las damas, ofrézcales un té en el salón de recibir y unas pastas. El viaje fue largo. No obstante, no dejen que se pongan demasiado cómodas, pronto deberán partir. Tendrán que alojarse en una posada en Comrie.

—Como ordene, mi señor.

—Si sus caballos ya no pueden andar, ofrézcales forraje y descanso. Podemos brindarle unos corceles de tiro para que lleguen a la posada.

Brianna se acercó a Clary que se aferraba a las mantas muy preocupada, para ayudarla a adecentarse.

Donn y Clary compartieron una mirada cómplice, si los recién llegados eran testigos de lo que habían hecho, aunque la hiciera su esposa, su reputación se vería gravemente comprometida. No convenía para los planes que Donn tenía en mente.

¿Y qué decir de las hermanas de Clary? Se verían afectadas por los rumores, si la honorabilidad de la segunda de las Whitmore quedaba por los suelos.

—Ahora mismo lo que deseo es enfrentar a Arthur y hacerle pagar por sus calumnias —reveló ella. Estaba tan enojada, pero sabía que, si los Carraway se enteraban de que estuvo a solas con el *laird* todo ese tiempo, estaría en problemas.

Ella quería darle un escarmiento a Arthur sin tener que esperar, pero Donn podía mantenerse frío y sereno ante los momentos críticos. Era un estratega y la convenció de seguir sus consejos.

—Lo haremos cuando seas mi esposa, cuando ya no pueda volverse contra nosotros. Ahora, sin embargo, tengo un asunto urgente que atender. Yo no iba a recibirlos, Clary. Mi administrador me hizo partícipe de la traición de los Carraway un día antes de tu arribo. Por eso decidí dejar de venderles lana.

Ella quedó sorprendida, pero tras la decepción que sufrió de Arthur, a quien creía decente, asimiló rápido esa nueva imagen de él.

—Me gustaría estar a tu lado mientras los enfrentas.

—Pero no le daremos esa ventaja. Cuando menos lo espere, se enterará de que nos hemos casado y no sabrá, siquiera, cuando lo golpeamos. Con gente deshonesta como ellos, es mejor así, tomarlos desprevenidos.

—Es justo que reciban su merecido —agregó decidida, mostrándole su absoluta confianza.

—Vístete para salir al frío. En cuanto ellos se vayan tenemos algo urgente que hacer.

—Donn, espera… —Corrió hasta él, dio un salto y lo rodeó por la cintura con las piernas, mientras él la atrapaba y sostenía con fuerza—. Te amo, por Dios, cuánto te amo… ¿Cómo no pude darme cuenta antes? No podía aceptar a nadie, mientras siguieras en las sombras acechándome. Algo me atraía hacia ti. Eras tú lo que no me dejaba aceptar a otro pretendiente. Anhelaba la temporada social solo para verte, aunque no cruzáramos palabras.

Él se quedó sin aliento, tuvo que frenar su prisa para asimilar su revelación, esa que le dio calma, paz, sosiego. Se besaron con

una pasión embravecida que ruborizó a la doncella.

—Clary, si ese imbécil no me hubiese dicho esas mentiras sobre ti hace más de tres años, ahora serías mi esposa —reveló sin soltarla.

—¿Hace más de tres años?

—Se encargó en cada uno de los bailes de recordarme que morías por él, pero que él no se casaría con una mujer que no protegió su virtud. Estúpido, mentiroso, ruin… Yo quería avanzar contigo, pero después los veía hablar por ratos largos. No podía cortejarte si amabas a otro.

—Ya ves, trató de separarnos… Pero solo porque aguardaba la oportunidad de casarse conmigo… La inminente ruina de mi padre casi le ofrece la posibilidad de salirse con la suya… Pero Dios todo lo ve, Dios es más grande… Nuestro Creador hizo que yo viniera a tus brazos.

—Te amo… —confesó sin soltarla—. Si ya me enloquecías cuando era tu secreto admirador, ahora que he podido vivir esta experiencia contigo, estoy convencido de que deseo convertirte en mi esposa…

Las piernas de ella lo aferraron más y, enamorada, recostó su cabeza en su pecho. Él le dio un tierno beso en la coronilla, posesivo.

—Ahora voy a darle una lección a esos sinvergüenzas. Si me sigues mirando así tendré que hacerlos esperar y llevarte al lecho. Será mejor después, cuando estemos solos… Entonces, te amaré sin reservas.

Cuando los dos varones Carraway tuvieron ante sus ojos los documentos, proporcionados por el administrador, se quedaron boquiabiertos. Probaban su traición y los turbios negocios que realizaron a su espalda.

Donn negó antes de añadir:

—Les dije que el prestigio de mi lana era importante para mí y que mi honor no estaba en tela de discusión. Sin embargo, mi administrador se enteró de que había fardos con mis iniciales que no respondían a la calidad de mi producción. Señor Carraway, Arthur, ¿cuándo me iban a informar que fueron demandados por vender una lana inferior al dueño de la fábrica textil que es nuestro principal comprador?

—Son tiempos difíciles —se defendió Arthur.

—Jamás dejé de entregarles la cantidad pactada. El respetable señor tuvo la decencia de contactarme a través de Boyd, tampoco daba crédito a lo que estaba sucediendo y se olió lo que en verdad ocurría.

—Puedo explicarlo. —El mayor de los Carraway trató de intervenir.

Donn MacKinlay miró fijamente al padre.

—¿Explicar qué, Carraway, que, llevado por la ambición, marcó como mía, lana que no proviene de mis ovejas? De no haber recibido el aviso oportuno y no haber logrado salvar la reputación de la calidad con la que exporto, usted me habría arruinado. Aquí está el contrato que firmamos desde el inicio, rompió varias cláusulas con su acto inescrupuloso y desleal. Ya no hay alianza comercial entre nosotros, está fuera. El dueño de la fábrica textil negociará directamente conmigo, usted ya no explotará a este escocés. No necesito intermediario.

—¿Cómo llevará la lana a Stirling, MacKinlay? Usted no posee los medios para transportar grandes cantidades de fardos. —El menosprecio del hombre mayor era visible.

—¿Qué insinúa? ¿Que no soy más que un montañés limitado a criar y esquilar ovejas? —Lo miró con desdén—. No se preocupe por cómo conduciré mi negocio de hoy en adelante, ya no es su asunto. Ahora, fuera de mi propiedad.

Ambos se pusieron de pie, y se dirigieron hacia la puerta. Donn les siguió para asegurarse de que se marcharan cuanto antes.

El menor de los Carraway se volvió a él muy inconforme con el desenlace.

—Pero Donn —rogó Arthur tomándolo por el brazo, como último recurso para no perder el convenio que tanto engordaba sus arcas, y al que se aferraría con uñas y dientes—. No puedes desecharnos así. Vas a casarte con una de mis primas, seremos familia. Además, tú y yo somos amigos. Aceptamos que fallamos, danos otra oportunidad. Empecemos desde cero.

—Arthur, tú y yo nunca fuimos amigos. —Con violencia se libró del agarre del otro—. ¿Te acuerdas cuando te pedí que me presentaras a lady Clary Whitmore? ¿En aquella ocasión que te confesé que la dama me agradaba y quería probar mi suerte?

—¿Ella está aquí? —preguntó serio, posesivo y aquella actitud hizo que la sangre de Donn hirviera debajo de sus venas.

—Arribó con su tía hace semanas. Pero cuando supo que tu viaje se había retrasado, prefirió esperarte en Comrie en casa de sus familiares. —Él también podía mentir con convicción, más si se trataba de proteger a Clary.

El alivio surcó el semblante de Arthur, imaginando lo desafortunado que habría sido que los dos hubiesen estado tanto tiempo juntos.

—Entonces tendré que ir cuanto antes en busca de mi prometida.

—Deberías ahorrarte el disgusto, la puse al corriente de tus calumnias y no está feliz.

—Hablaré con ella, me entenderá. No le dije a nadie más. No supe qué hacer cuándo comprendí que tenías intenciones de cortejarla. Quise ahorrarte una decepción. Lady Clary está por encima de tus posibilidades, Donn. Solo eres un bruto espécimen de las Tierras Altas.

El puño duro como el granito de MacKinlay se estampó contra la cara embustera de Arthur, que se tambaleó y le costó bastante esfuerzo mantener el equilibrio para no caer de bruces sobre la alfombra.

—Lady Clary ha dicho que no se casará con un despreciable difamador como tú.

—¿Cómo te atreviste?

—Le he revelado mis intenciones, ha aceptado, será mi esposa….

—Lord Highfield jamás le entregará la mano de su preciada hija a un montañés como tú…

Otro puñetazo certero sobre el rostro de Arthur lo obligó a sostenerse de una de las sillas para no caer de espaldas.

—Si vuelves a expresarte de forma inapropiada de mi futura esposa, te perseguiré y te estrangularé con mis propias manos. ¡¿Te queda claro?! —vociferó.

Sabía que Clary le reclamaría por no poder ajustar cuentas en persona con Arthur, pero no era conveniente que esos hombres la encontraran ahí.

—Es usted un bruto, MacKinlay —protestó el viejo Carraway socorriendo a su hijo—. El conde no aprobará el compromiso con su hija.

—La tía de la dama ha aceptado, lady Clary también. No me importa su opinión, señor.

—Hablaré con lady Stewart, aclararé el malentendido —continuó el padre, renuente a perder la posibilidad de que Arthur desposara a la hija de un conde.

—¡Usted no tiene vergüenza! Esa familia no dejará a lady Clary en manos de dos sucias ratas. Inténtelo, dudo que consiga disuadirla. ¡Ahora fuera de mi propiedad, los dos, de inmediato! ¡Y no se atrevan a regresar nunca más! —rugió Donn clavándoles una

fiera mirada, que les borró de golpe los deseos de volver a cruzarse en su camino.

Capítulo 8

Clary caminaba de un lado a otro de la habitación, mientras se trenzaba el cabello. La doncella no tardó en traerle el abrigo, los guantes de piel y una capa para la nieve. ¿Saldrían en carruaje o caballo? ¿Qué tramaba Donn?

Seguro los Carraway, al salir de allí, buscarían hospedaje en una posada. Pero no tardarían en reunirse con su tía para pedirle razones sobre su paradero. Arthur no perdería esa oportunidad de casarse con ella, aunque la visita a Torrinbrae Castle no hubiese salido como había imaginado.

Pensó en su abuela, su padre y sus hermanas, y cómo el daño a su reputación les afectaría también.

Entonces entendió lo que Donn tramaba, tenían que convencer a su tía de mentirle a los Carraway. Ellos no podían saber que Clary se quedó en el castillo todas esas noches sin la presencia de una carabina.

Cuando el miedo la llenó de dudas, Douglas apareció para escoltarla al vestíbulo donde Donn la esperaba.

Al llegar no vio a los Carraway y supuso que su intimidante *laird* los despachó sin contemplaciones.

Él parecía un caballo tras una frenética cabalgada. Lo interrogó con la mirada: ¿saldrían a la nieve para llegar con su tía Jane antes de que la abordaran los Carraway?

—¿Donn?

—Tenemos una visita inesperada… —dijo visiblemente agitado.

—Los Carraway —afirmó—. ¿No pudiste deshacerte de ellos?

—Ya se marcharon. —Le relató en palabras atropelladas cómo los echó tras deshacer el trato comercial. Y la puso al corriente de

que defendió su honor, asegurándole a Arthur que ellos se casarían.

—Bien. Hiciste justicia. Me enorgulleces, grandullón. —Con un aire seductor lo aferró por la cintura y se alzó para reclamar sus labios llenos. Él exhaló al comprobar que ella no estaba disgustada, al contrario, parecía que su acto alimentó su deseo.

Pero él no la besó, añadió algo más sobre la boca expectante de la mujer:

—Lady Stewart apareció justo cuando ellos se fueron haciendo un gran aspaviento. Nadie la acompaña. No sé cómo se enteró de que los Carraway no llegaron en la fecha estipulada. Comprendió que estuviste a solas conmigo todo este tiempo.

Clary se apartó de pronto y se llevó una mano a la boca, asombrada. Su tía Jane, por más atolondrada que fuera, nunca iría en contra de los designios de su hermano, no, no… Jamás lo había desobedecido.

—Es una suerte que no se haya cruzado con los Carraway —balbuceó ella.

Él asintió y continuó entre preocupado e hilarante, como si la situación que estaba tensando los nervios de la rubia, tuviese algo divertido.

—Ha dicho que, ha venido a resolver el dilema sin que su esposo, lord Stewart, tenga conocimiento de la gravedad del asunto. Que en cuanto su marido descubra lo ocurrido me retará a duelo… Cree que… —Tuvo que inspirar fuerte para no soltar una carcajada, ella estaba más y más ansiosa. ¡¿Qué tenía de divertido!? —. Cree que te he secuestrado… Que llegaste como una inocente paloma a mi guarida y que no te dejé escapar. Son sus palabras exactas.

—Típico de mi tía, es muy teatral. —Estaba tan tensa. Su padre moriría en cuanto descubriese su comportamiento impropio.

—Espera, se pone mejor…

—Querrás decir peor.

Ella comenzó a caminar hacia la puerta, tenía que detener a su tía, que por lo visto se había marchado para darle aviso a su tío, quien era un hombre muy rudo y volátil…

Si no la detenía, todo terminaría en tragedia. Donn no se quedaría cruzado de brazos si lo desafiaban.

—La situación toma un giro muy peculiar. Mejora, verás. —Arqueó una ceja, muy travieso—: Tu tía nos está esperando en el carruaje, ha hecho los arreglos… Si no vamos con ella, jura que hará que la tormenta de su marido se desate sobre mi cabeza. De nuevo, son sus palabras exactas…

—¿Qué arreglos? —Tragó con dificultad.

—Para casarnos hoy mismo, mi querida Clary… Y salvar así el honor de tu familia. Jura que está dispuesta a lo que sea con tal de evitar el escándalo.

Ella suspiró al fin y pudo sonreír. Más calmada, lo abrazó y lo besó con locura, entendiendo por qué para él era entretenido.

—Cree que nos disuade de casarnos para no vivir en pecado, y lo que menos sospecha es que, en realidad, es lo que más deseamos.

Él asintió.

—Antes, debes subir al carruaje. Ella quiere tener un momento a solas contigo. Necesita asegurarse de que no te he forzado y que usé otras tácticas para seducirte. Si comprueba con sus ojos que estás bien y que es lo que anhelas, nos llevará a la iglesia. De lo contrario, su marido intentaría… —Pasó su dedo índice de izquierda a derecha para indicar que trataría aniquilarlo. Intentar, porque Donn era un contrincante peligroso.

—Mi tía está loca, pero la adoro… Iré a darle la tranquilidad que necesita para que nos dé su bendición. Sin embargo, es probable que tardemos más de unos minutos. Antes de felicitarme por mi inminente boda, me dará una regañina de miedo… Seguro tiene los nervios de punta, imaginando que nuestra aventura se

pudiese salir de control y que, por consiguiente, mi reputación termine arruinada.

Se besaron con una pasión desbordante, y tuvieron que parar a regañadientes, cuando una voz a sus espaldas les llamó la atención:

—¡Clary! ¡Señor MacKinlay! ¡¿Alguien que me traiga las sales de olor?! ¡He venido a rescatarte, señorita, y he tenido que presenciar semejante espectáculo! Sobrina, ¿sabes qué me haría tu padre si se entera de lo descuidada que he sido? La peor carabina de la historia —agregó Jane con gran teatralidad, tras encontrar a los enamorados en pleno escarceo sin nada de pudor.

—Vamos a casarnos, tía. En cuanto mi padre lo sepa, todo lo demás quedará en el olvido… En caso de que llegara a enterarse…

—No pienso revelarle ni una palabra. Quiero conservar la cabeza sobre mi cuello —admitió Jane.

Hasta ese minuto, Clary, se dio cuenta de que mientras hablaba con su tía, Donn jamás le soltó la mano. Lealtad y apoyo absoluto. Sonrió sobrecogida, y con seguridad añadió:

—Tampoco le relataré los detalles. Y en cuanto sepa lo deshonesto que es Arthur Carraway, agradecerá tener a Donn como yerno. Por otro lado, no me gustaría casarme a escondidas, como si hubiese cometido una falta.

—Pero, hija mía, es lo que hiciste. —Jane miró con recelo a MacKinlay, culpándolo por la lujuria que se apoderó de su sobrina, que la llevó a quedarse en aquel castillo y desafiar las normas de la decencia.

—Me encantaría que mi tío y mis primos también puedan acompañarme —comentó Clary.

—Les mandaremos un mensaje en cuanto lleguemos al pueblo. Seguro se sorprenderán, pero aceptarán ser testigos de la unión —aseguró Jane.

—Mi madre, su esposo y sus hijastros. Así como mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos tampoco querrán perderse mi boda por

nada del mundo. Lo han esperado con ansias. —La intervención del escocés, con la voz profunda, captó la atención de lady Stewart—. ¿Qué le parece, querida tía Jane, si manda a llamar a su esposo e hijos, a quedarse con nosotros en el castillo, mientras preparamos la ceremonia? También podríamos disfrutar de las festividades decembrinas todos juntos. Mi madre adora la Navidad, brindar con ponche caliente, los villancicos, encender el tronco en la chimenea y la compañía.

—¿Nos está invitando a pasar una breve temporada en el castillo, señor MacKinlay? —Era un sitio que siempre había soñado con conocer. Cada segundo abrazaba más la idea de ver a su sobrina casada con ese hombre, que parecía haberle robado el corazón. No se pondría con reparos sobre el decoro a esa hora. La joven era imposible que siguiera siendo inocente tras quedar a solas con semejante varón lleno de vigor.

Donn carraspeó, se aclaró la voz y siguió:

—Así cumple al pie de la letra su labor de carabina. Mi madre accederá con gusto. Clary y yo podríamos casarnos dos o tres días antes de Nochebuena.

—No me opondré. Si el Creador ha decidido que son el uno para el otro… ¿Quién soy yo para ponerles trabas? Qué comiencen los preparativos de la boda.

Clary sonrió llena de dicha al ver que, finalmente, tendría la boda que su padre había exigido antes de Navidad. Pero… No bajo aquellos términos. Era un milagro. Clary iba a casarse con el hombre seleccionado por su corazón.

Epílogo

Unos días antes de Navidad, en la iglesia del pueblo en una pequeña e íntima ceremonia, Donn y Clary sellaron su enlace matrimonial ante los ojos de Dios. Se miraban con tanto amor que, los presentes, suspiraron con los corazones llenos de dicha.

El viento soplaba helado afuera de los muros gruesos de piedra gris que los protegían. Pero adentro, todo era acogedor. El aroma a cera de vela y pino fresco los envolvía. La decoración era sencilla, pero inolvidable.

Candelabros de hierro, ramilletes de acebo atados a los bancos con cintas rojas y el púlpito embellecido con una guirnalda de laurel.

Jane, su esposo y sus hijos acudieron en señal de apoyo y respeto a Clary, así como los familiares de lord Stewart que vivían en Comrie. La tía Jane se encargaría de que nadie supiera jamás lo ocurrido en el castillo, debido a su desliz como carabina.

Por suerte, los Carraway huyeron de la región, en cuanto Jane les dijo que ya conocía de sus tratos turbios en los negocios. Les recalcó que, en esas circunstancias, su hermano, Alistair, ya no consentiría que Arthur desposara a su hija.

Jane se aproximó para felicitar a la novia que lucía radiante con un vestido de lana que la mantenía abrigada.

—¿Has sopesado, querida sobrina, que pasarás más tiempo en Escocia que en Highfield Hall, e incluso, que en Londres? —le preguntó mirándola a los ojos con afecto sincero.

Clary suspiró y pensó en la respuesta. Pasó su vista por el suelo húmedo por las pisadas de las botas de los invitados, que trajeron restos de nieve. También reparó en el aire frío que se colaba

en la estancia cada vez que se abría la puerta, y en los abrigos gruesos colgados en la entrada.

Pero al imaginar la vida que tendría con su adorado Donn en ese mágico valle que se convertiría en su hogar, su refugio, no tuvo dudas.

Ella lo sabía, ya no viviría en la casa que estaba ayudando a salvar. Extrañaría su hogar, el sitio donde había crecido, los bosques colindantes y las personas que hicieron más ameno su día a día. Pero le reconfortaba que los demás miembros de su familia pudiesen conservarla, sobre todo su querida abuela. La bondadosa dama podría continuar cuidando su amado jardín y conviviendo con sus recuerdos.

—Es aquí donde deseo estar —contestó con seguridad, mientras jugaba con una ramita de acebo en su ramo de novia—. Además, podré visitarlos siempre que mis responsabilidades me lo permitan.

—Recibe mis enhorabuenas, querida. Me hace muy feliz que hayas hecho un estupendo matrimonio con un hombre elegido por ti. Vendrán tiempos difíciles también, no solo vivirás entre algodones… Si se aman y son razonables, respetuosos y pacientes, encontrarán la manera de sortear las dificultades y tener un lazo sólido y duradero.

—Gracias, tía Jane. Ha sido una dicha que papá te haya elegido a ti para acompañarme en este camino.

—Me ha encantado estar en tu boda, querida. Y, ser, de cierto modo, tu cómplice en esta aventura. Sabes que soy una romántica empedernida. Sin embargo, el modo como conquistaste a tu escocés será nuestro secreto. De lo contrario, Alistair ya no estaría tan contento conmigo. —Le hizo un guiño cómplice, y Clary, en respuesta, la abrazó con devoción.

La mujer extendió sus felicitaciones a Donn, quien la llamaba «tía» y la hacía sentir especial. Los hijos de Jane y su esposo

también fueron cálidos y cariñosos con los recién casados, ofreciéndoles su completo apoyo.

Solo faltaba el padre de Clary, sus hermanas y su abuela, pero debido a la distancia tuvieron que conformarse con escribirles para comunicarles la novedad. Clary esperaba que, Arabella, Phoebe y Tessa también encontraran la dicha del matrimonio en caballeros tan nobles como su amado Donn.

Por fortuna, la familia de Donn vivía cerca y nadie faltó a la ceremonia. Los días previos en compañía de aquellos sirvieron para reafirmar que tendrían estupendos lazos, pues todos se mostraron encantados con Clary, y viceversa.

Los recién casados no tardaron en recibir enhorabuenas de la madre y la hermana de Donn, que los miraban con entusiasmo.

—Mi querido Donnchadh era el soltero más apuesto de Strathearn, aunque se esforzara para no parecerlo —dijo la suegra de Clary, una mujer de mediana edad que conservaba su belleza casi intacta, pese a sus años—. Ya era justo que encontrara a una esposa digna de él. Temí que terminara su vida como el lobo solitario en que se había convertido.

Un carraspeo les advirtió que alguien más estaba a punto de opinar al respecto.

—Mi feo hermano no tuvo tanta suerte en los alrededores, mamá. No le exaltes el ego. Fíjate si tengo razón que su esposa la consiguió muy, *muy* lejos de aquí —bromeó Greta, la hermana de Donn, y le dio un beso a aquel en la mejilla con afecto, tras susurrarle: «mis felicitaciones».

La madre de MacKinlay no estuvo de acuerdo con el comentario y chasqueó la lengua para indicarlo.

—Feo mi Donnchadh jamás. ¿Por qué te fascina fastidiarlo, Greta? Clary y él tendrán unas criaturas tan bonitas. Ya quiero que me bendigan con más nietos —dijo mirando con cariño a los que ya tenía, procedentes de Greta. Contempló a sus dos hijos ya casados y suspiró con regocijo. Todavía le quedaban sus hijastros solteros, con

los que tendría que esmerarse—. ¿Para cuándo estarán esperando al heredero, Donnchadh?

—Los hijos llegarán cuando sea el momento, mamá. Y, por favor, dime Donn —protestó bajo para que nadie lo escuchara. A Clary le provocó ternura verlo en esa tesitura—. Donn, así me llaman todos. Pero tú adoras repetir…

—¿El nombre que te di al nacer? Por supuesto, tiene carácter y te queda perfecto. —Se volvió a su hija Greta con tono mandón—. Y tú, querida, deja de molestar a Donnchadh que a su esposa no le gustará. Has iniciado con buen pie, no lo arruines.

—Clary y yo hemos hablado mucho los últimos días, sabe que solo estoy jugando para que Donn no se vuelva más engreído. Ella y yo seremos como hermanas. —Las cuñadas se sonrieron.

Donn rescató a su amada a tiempo, antes de que su madre y su hermana la monopolizaran por completo, quería presentarla a los pocos amigos que asistieron a la boda.

Para Clary fue maravilloso descubrir que el lobo no era tan solitario en realidad, tenía amigos, conocidos, gente que lo apreciaba y que confiaba en él como un protector, porque siempre se ocupaba de cuidar a los que amaba.

Entre ellos, la señora Ferguson y Douglas, que tampoco se perdieron la ceremonia, y los contemplaban llenos de orgullo. Ambos se acercaron para desearles grandes bendiciones en el camino que recién emprendían.

—Yo sabía, milady, que usted conquistaría a nuestro *laird*. Desde que la vi entrar tuve una corazonada —compartió exaltada el ama de llaves sin poder disimular su desbordante felicidad. También anhelaba ver el castillo lleno de criaturas corriendo por los pasillos, llenando cada rincón de risas.

—Gracias al Creador fue rápido ese cortejo. Las batallas en el comedor fueron épicas… —soltó Douglas, pero al ver cómo se arrugaba el entrecejo de su señor, no continuó con la idea.

Carraspeó y dijo al tiempo que MacKinlay le sonreía—: Bienvenida, milady, será un honor servirla.

Había mucha sinceridad en los dos sirvientes.

—Tenemos una sorpresa para usted, Douglas. Creo que también le agradará la noticia, señora Ferguson —dijo Donn y miró con complicidad a Clary—. Algo pomposo para mi gusto, no lo creo necesario, pero mi esposa ha insistido. Y, prácticamente, ya se desempeñaba como… Haz los honores, querida…

—Torrinbrae Castle ahora tendrá un mayordomo —indicó Clary y sonrió con simpatía.

—¿Un mayordomo? —preguntaron Douglas y la señora Ferguson al unísono.

—Espero que no sea inglés —espetó la señora Ferguson—. No es nada en contra de los ingleses, a usted la adoramos, *milady*. Pero dicen que como mayordomos son muy estirados, y a esta altura no deseo que alguien me saque canas verdes.

—Supongo que habrán elegido al indicado —admitió Douglas con humildad. Muchas cosas cambiarían entonces, y él tendría que obedecer al nuevo sirviente de mayor rango.

—Será usted, Douglas —lo tranquilizó Clary al develar la decisión tomada junto con MacKinlay.

Donn solo sonreía, su esposa se estaba ganando a la servidumbre palmo a palmo.

La señora Ferguson suspiró de alivio y palmeó el hombro de Douglas, que se desbordó en agradecimientos. Después, felices, se disculparon para retirarse antes que los demás. Había una sorpresa aguardando en el castillo, y ellos estarían al frente.

Tras despedir a aquellos dos, con voz solemne Donn se dirigió a los asistentes e invitó a todos a Torrinbrae Castle. Ofrecerían un desayuno para celebrar.

—Te amo, Clary —le susurró mirándola a los ojos cuando la acompañó, como su esposa, al carruaje que los llevaría a su hogar.

Su aliento era visible. Ambos rieron al notarlo, y nubecitas blancas de vapor escaparon de sus bocas, como si fueran a su encuentro, en medio del aire helado.

—Te adoro, mi querido Donn. —Acto seguido, ella le depositó un tierno beso en los labios y murmuró—: Por un maravilloso comienzo.

Él la sorprendió tomándola por la cintura y alzándola, muy pegada a su pecho, para robarle un beso más ardoroso que el cándido que ella le había obsequiado.

Los labios de Donn saquearon los de Clary sin clemencia, hasta dejarla sin aliento, con las piernas temblorosas y una sensación embriagadora recorriéndola entera.

—Este es el tipo de besos que es un comienzo para mí, *mo chridhe*. Esta noche volverás a ser mía.

Entonces, solo entonces, la soltó para ayudarla a subirse al carruaje que los llevaría a casa.

Mientras escuchaban el trotar de los corceles, Donn y Clary se miraron con las manos entrelazadas. La nieve seguía cayendo, pero en sus corazones ardía la primavera. Ninguna inclemencia podría arrebatarles el calor que habían conquistado con respeto, ternura y valentía. Compartían una certeza: su amor resistiría todas las estaciones, porque habían aprendido que mantener viva la llama, dependía solo de ellos.

De la Serie Cuatro Bodas para Navidad

Cuatro hermanas reciben un ultimátum de su padre el conde de Highfield: deben encontrar esposos ante de Navidad. De lo contrario, su amado hogar Highfield Hall será vendido y con él los recuerdos del lugar donde nacieron, crecieron y vivieron felices.

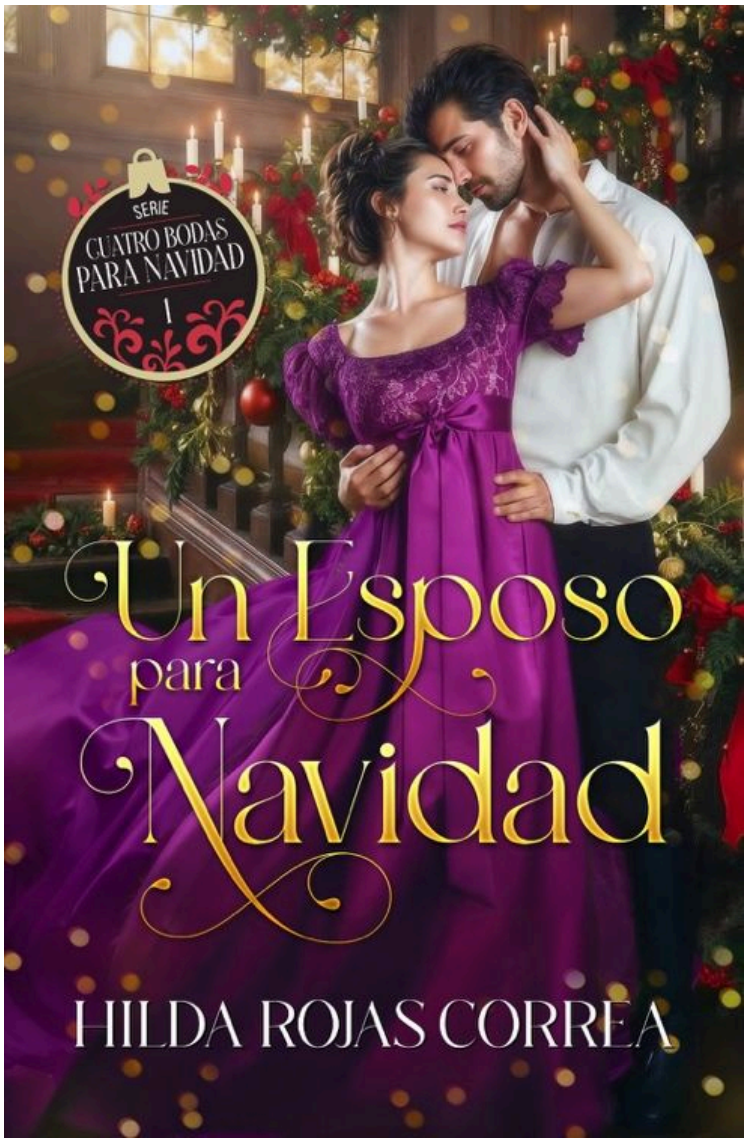
En Highfield Hall guardan las memorias de su madre que ya no está. Además, a su querida abuela se le rompería el corazón. El padre atraviesa por una situación económica delicada debido a la difícil situación de ese año sin verano, y su salud también está desmejorada.

Cada una vivirá su propia historia de amor, mientras intentan salvar a su familia:

(Historias autoconclusivas)

Libro 1 ***Un esposo para Navidad***

por Hilda Rojas Correa



Link: https://mybook.to/unlairdparanavidad

Sinopsis Libro 1

El conde de Highfield les ha dado un ultimátum a sus cuatro hijas: casarse o perderán la casa familiar.

Arabella, la hija mayor, parte a Londres a buscar un imposible; sin dote y con veintisiete años debe conseguir un enlace antes de Navidad.

Un encuentro fortuito con un inolvidable desconocido, preguntas sin responder y un invierno inacabable bastarán para que el destino los obligue a quitarse las máscaras, y mostrarse tal como son.

¿Será posible que ocurra el milagro?

A veces, el amor llega cuando todo parece perdido... y justo a tiempo para Navidad.

Libro 2 ***Un laird para Navidad***

por Mile Bluett



Link: https://mybook.to/unlairdparanavidad

Sinopsis Libro 2

Una dama inglesa dispuesta a desafiar el destino.

Un highlander decidido a proteger su legado.

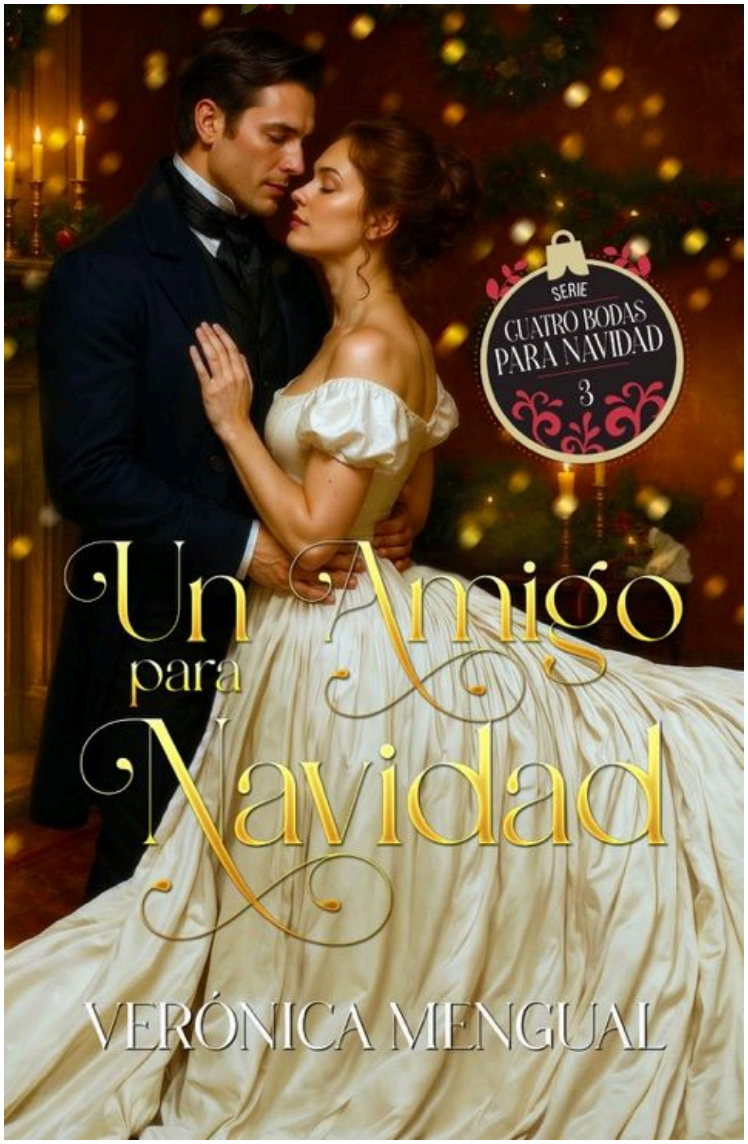
Lady Clary Whitmore, segunda hija del conde de Highfield, debe casarse antes de Navidad o su familia perderá su hogar. Para cumplir con el ultimátum de su padre, que le impone encontrar esposo, viajará a Escocia tras el más persistente de sus pretendientes. Pero ella jamás lo ha querido y sueña con casarse enamorada.

Donn MacKinlay ha jurado no dejarse distraer de sus obligaciones. Como estratega consumado, no tiene tiempo para el amor. A sus tierras y su gente se debe su alma.

Sin embargo, cuando terminen atrapados en un castillo durante ese crudo invierno, la chispa podría encenderse, y sus corazones, quizás, arder. ¿La vida sorprenderá a Clary con el romance apasionado que siempre anheló?

Libro 3 ***Un amigo para Navidad***

por Verónica Mengual



Link: https://mybook.to/xSOu

Sinopsis Libro 3

Lady Phoebe Whitmore es la tercera hija del conde de Highfield. Al igual que sus hermanas, está sometida al ultimátum de su padre: deberá casarse antes de Navidad o perderán la casa familiar. Para proteger a su abuela y salvar su hogar, la dama deja a un lado los sueños románticos y le propone un matrimonio de conveniencia al único hombre en quien confía, su mejor amigo, **Jasper Merivale, vizconde Everly.**

La respuesta de lord Everly no es la que esperaba, así que decide improvisar. El enredo que sigue incluye un viaje, una ventisca y una noche en una posada.

¿Listas para suspirar con las ocurrencias de una dama con demasiada imaginación y con un vizconde encantador?

Libro 4 ***Un romance para Navidad***

por Isabel C. De Acuña



Link: https://mybook.to/8nNv1

Sinopsis Libro 4

No todos los enemigos empuñaban espadas, algunos llegaban con modales impecables y una sonrisa capaz de doblegar los corazones más testarudos.

El conde de Highfield ha impuesto una condición imposible: sus hijas deberán casarse antes de Navidad o perderán la casa familiar.

Tessa, la menor y más rebelde, se niega a aceptar el ultimátum… hasta que una tormenta de nieve trae hasta su puerta al hombre que menos esperaba.

Reginald Langford llega a Highfield Hall decidido a negociar las tierras del conde de Highfield. Su visita debía ser breve y cortés, pero el carruaje se vuelca a la salida de la finca y Reginald, malherido, es rescatado por Tessa.

Lo que empieza como una obligación se convierte en un duelo de voluntades y emociones prohibidas.

Entre el orgullo, la ruina y el frío del invierno, la Navidad traerá un milagro: un amor tan inesperado como imposible de detener y la rendición de dos corazones obstinados.

Nota de la Autora

Escribir la novela para la serie navideña fue, como siempre, un viaje lleno de emoción. Es una dicha compartir el espacio con tan talentosas autoras, a las que puedo llamar amigas. Se entregan de forma tan profesional, comprometida y con tanta energía, que es maravilloso. Gracias a cada una por sumergirse en el proyecto con entusiasmo y pasión: Isabel Acuña, Verónica Mengual e Hilda Rojas Correa.

Gracias a mi familia por siempre apoyar mi trabajo. Gracias a Janet Bajuelo, Marlene Fernández, Cecilia Pérez, Fanny MuSa y Melissa Mitchell por todo lo que le brindan a mi carrera y a mis libros.

A mis amadas lectoras, y a todas las preciosas que reseñan, comparten y dan visibilidad a mis historias románticas, mi cariño y mi agradecimiento. Para todas ustedes escribo con el corazón.

Con afecto y cariño sincero reciban mis mejores deseos en estas fiestas decembrinas. ¡Feliz Navidad! Una de las épocas más hermosas del año. Que el amor, la esperanza y la alegría inunden sus corazones.

Mis libros de Romance Histórico

Serie Romances Victorianos (disponible completa en Amazon) https://mybook.to/romancesvictorianos

Libro 1. *El corazón del duque*

Libro 2. *La nobleza del conde*

Libro 3. *La pasión del marqués*

Libro 4. *La redención del vizconde*

Libro 5. *La promesa del barón*

Libro 6. *El destino de una rosa inglesa*

Libro 7. *Una oveja descarriada para Norfolk*

Libro 8. *El regreso del caballero*

Serie Debutantes Victorianas.

https://mybook.to/debutantesvictorianas

Libro 1. *El beso del villano*

Libro 2. *Por una vida amándote*

Libro 3. *El alma de un escocés*. (9 de diciembre de 2025).

Mile Bluett

Mile Bluett es una autora de novela romántica, que no solo adora crear personajes y mundos inolvidables, también es muy cercana a su comunidad lectora. Tras apasionarse por la lectura, decidió comenzar a escribir siendo una adolescente y, lo ha hecho desde entonces, compaginándolo con su formación como psicóloga y psicoterapeuta, profesión que también le ha dado satisfacciones. Se considera muy familiar y ser madre es un reto que ama.

Es una enamorada de los libros de amor y sus referentes son Jane Austen, Julie Garwood, Lisa Kleypas, Johanna Lindsey, Karen Marie Moning y Susan Elizabeth Philips.

Escribe romance histórico, principalmente, pero también ha publicado contemporáneo y fantasía, siempre dentro del género romántico.

Sus series más leídas son: Romances Victorianos, Amor Amor, Dioses Paganos y Herederos del mundo. Y los *bestsellers* por los que se siente más agradecida son *El corazón del duque, La pasión del marqués* y *Amor Sublime*. Sus personajes más queridos: Lord Oso, el duque de Weimar, Morten y Sebastián Casals.

Búscala en sus redes sociales y con gusto te hablará de sus estrenos. Síguela en Amazon y enamórate con sus novelas.

Página de Amazon: http://relinks.me/MilePDBluett

Instagram, Facebook, Tiktok: @milebluett

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/15456250.Mile_Bluett